

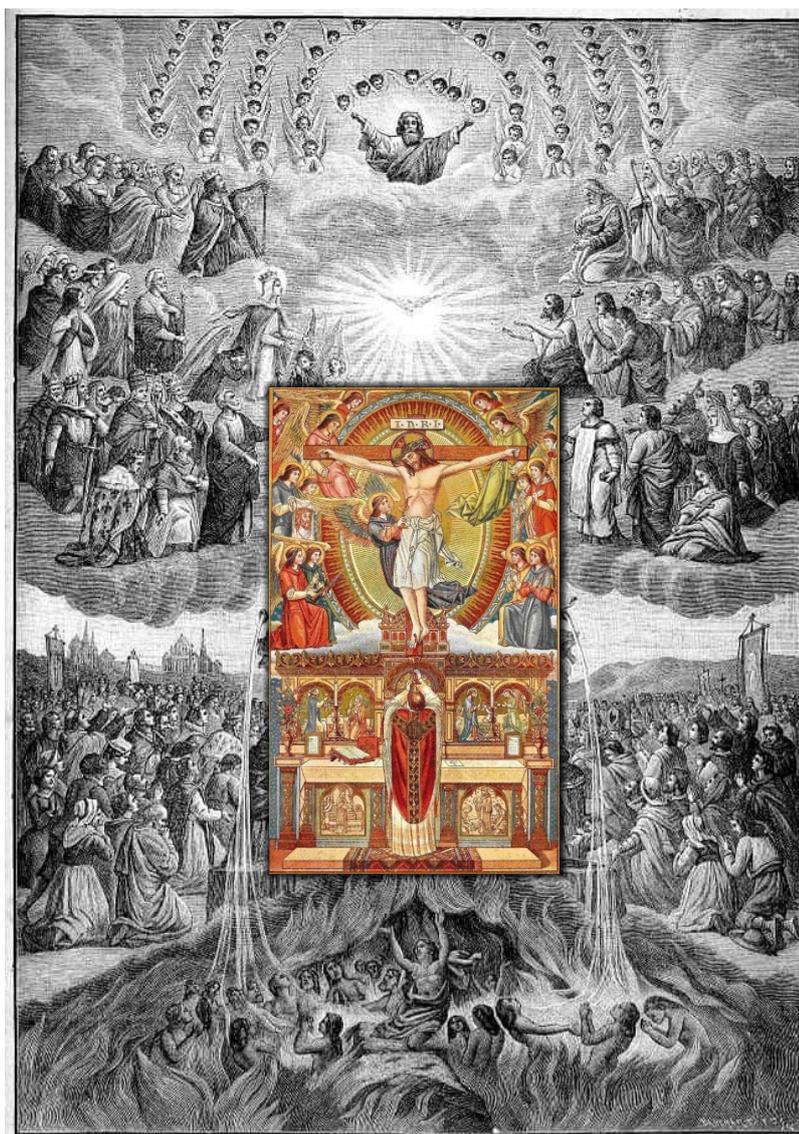


CONFERENCIAS EN ESPAÑA

SOBRE LA LITURGIA TRADICIONAL DE RITO ROMANO



POR EL DR. PETER A. KWASNIEWSKI



Hay en la **Santa Misa** tantos misterios como gotas de agua en el mar,
como motas de polvo en el aire y como ángeles en el cielo;
no sé si jamás ha salido de la mano del Altísimo misterio más profundo.

San Buenaventura



Traducción:

Virginia Santos Pérez, César Sánchez Canencia, Pilar Baselga Calvo

Edición y maquetación:

Francisco M. Funes

INDICE

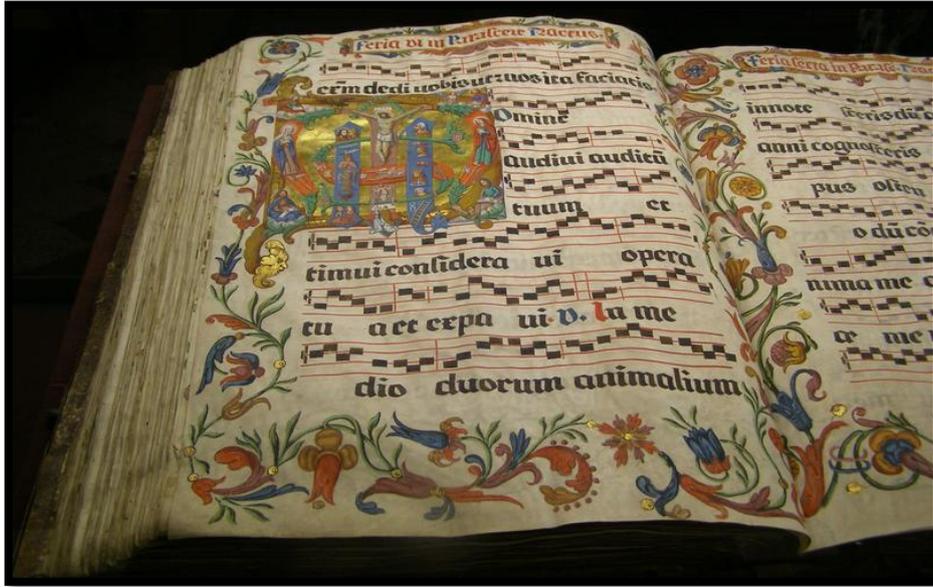
I Por qué es mejor no entenderlo todo inmediatamente: La sabiduría de la liturgia tradicional	3
II La genialidad del rito más antiguo del cristianismo	11
III Cómo Nuestra Señora nos enseña el significado de la misa	19
IV Por qué es bello el rito tradicional y por qué necesitamos esta belleza	26
V Por qué la misa tradicional es majestuosa y cortesana	34



«[la Santa Misa] Es el sol del mundo cristiano, el alma de la fe, el centro de la Religión católica, hacia el cual convergen todos los ritos, todas las ceremonias y todos los Sacramentos. En una palabra, es el compendio de todo lo bueno, de todo lo bello que hay en la Iglesia de Dios».

San Leonardo de Porto-Maurizio

I. POR QUÉ ES MEJOR NO ENTENDERLO TODO INMEDIATAMENTE:
LA SABIDURÍA DE LA LITURGIA TRADICIONAL



El 26 de octubre de 2023, la prestigiosa revista National Geographic publicó un artículo titulado “Estos jóvenes católicos devotos están abrazando las viejas costumbres”, en el que el autor escribe: «Cada semana, los tradicionalistas se reúnen en más de 1200 lugares... Abrazan una versión de la vida religiosa que había pasado de moda —los “olores y campanas” de generaciones anteriores—, y recurren a unos símbolos y a un lenguaje que desconciertan al mundo exterior y que quizá ni los propios feligreses comprenden del todo».

La observación de que las personas que se sientan en los bancos (y, seamos sinceros, quizá también algunos clérigos) no comprenden del todo lo que están viendo, oyendo, diciendo o cantando ¿es una crítica o un cumplido? ¿Puede haber alguna situación en la que no entender sea algo positivo y no negativo? Me vino a la mente una frase impactante de la Divina Liturgia bizantina de San Juan Crisóstomo:

«Por todo esto Te damos gracias a Ti, a Tu Hijo unigénito y a Tu Santo Espíritu; por todas las cosas que sabemos y por las que ignoramos, por las bendiciones concedidas que vemos y las que no vemos».

En el apogeo de la reforma litúrgica, la década de 1964 a 1974 —y durante muchas décadas después—, la avalancha de cambios en el culto católico se justificó con una serie de eslóganes populares. El más destacado fue sin duda el de “participación activa”, lo cual finalmente ha resultado irónico, si tenemos en cuenta que millones de personas dejaron de ir a la iglesia (y, por lo tanto, dejaron de participar de cualquier forma).

Pero, junto con esa frase, se oía hablar de «las necesidades del hombre moderno», «encontrarse con la gente donde la gente está», «volver a la Iglesia primitiva» y «una mayor accesibilidad». Se suponía que la nueva liturgia era, y así se afirmaba y se proclamaba, «más accesible». Sin embargo, la accesibilidad se entendía principalmente o exclusivamente como un fenómeno verbal-conceptual: si uno podía comprender un fragmento de contenido de forma inmediata, sin necesidad de mayor preparación, sin

más explicaciones y sin sentir ningún desconcierto, entonces se consideraba ese contenido accesible.

Sin embargo, no parece que muchos católicos antes del Concilio Vaticano II encontraran inaccesible la liturgia tradicional: la realidad es que participaban en ella con regularidad y de manera fructífera. Y hoy en día, cuando los jóvenes redescubren el antiguo rito romano, suelen decir que les resulta más fácil rezar en esta misa; y no creo que esto deba sorprendernos.

El antiguo rito refleja la verdad de que los seres humanos nos comunicamos principalmente de forma no verbal. El silencio y la reverencia, el orden y la deferencia dicen mucho, al igual que el ruido, el descuido y la informalidad. Como toda ceremonia humana, la liturgia se comunica a través de cada palabra, postura, gesto, posición, acción y silencio.

La liturgia antigua, al aprovechar y regular estas cosas de manera armoniosa para resaltar su significado pleno, es más comunicativa. En ese sentido, nos ofrece más a lo que acceder, y de más maneras. La liturgia reformada, al eliminar el lenguaje no verbal tradicional y dejar luego tanto al azar y a la idiosincrasia, diluye el contenido y su transmisión, al tiempo que lo mezcla con cuestiones ajenas y contradictorias.

En la misa tradicional, cada gesto —por ejemplo, la velocidad de los movimientos alrededor del altar; dónde y cuándo el sacerdote está de pie o está sentado; si la mirada del sacerdote se dirige hacia el pueblo o se mantiene modestamente baja; con qué cuidado se emplean los vasos sagrados, y cómo se trata y se administra el Santísimo Sacramento— todos estos gestos, cada gesto de la liturgia confiesa lo que el celebrante y el pueblo creen que están haciendo.

¿Los reformadores litúrgicos de la década de los 60 no se daban cuenta de que cambiar el lenguaje corporal, los gestos, las posturas, la orientación, los signos de veneración y la mirada dirigida hacia el altar iba a provocar un cambio radical en la mentalidad y en la espiritualidad? Como señala Martin Mosebach con respecto a la Sagrada Comunión:

«Todo un ramillete de gestos respetuosos rodeaba el sacramento del altar, y estos gestos eran la homilía más eficaz, que mostraba continuamente a los sacerdotes y a los fieles con toda claridad la presencia misteriosa del Señor bajo las formas del pan y del vino.

Podemos estar seguros: ningún adoctrinamiento teológico de los llamados teólogos ilustrados ha perjudicado tanto la fe de los católicos occidentales en la presencia del Señor en la Hostia consagrada como la innovación de recibir la comunión en la mano, acompañada del abandono de todo cuidado en el manejo de las partículas de la Hostia. Pero, ¿de verdad no se puede recibir la comunión en la mano de forma reverente? Sí, por supuesto que se puede.

Sin embargo, una vez que las formas tradicionales de reverencia se habían establecido y ejercían su bendita influencia en la conciencia de los fieles, su discontinuación transmitía el mensaje —y no solo a los fieles sencillos— de que tanta reverencia no era realmente necesaria; y con ello creció la convicción (inicialmente tácita) de que ahí no había nada que exigiera respeto».

El padre Roberto Spataro hace una observación similar, pero más amplia:

«La humildad es más que una virtud. Es la condición para una vida virtuosa. Observen las reverencias y genuflexiones que el hombre humilde hace fielmente ante Dios con espíritu de obediencia, reconociendo Su soberanía misericordiosa...

En el rito antiguo, no todo puede ni debe explicarse con la razón, la cual, por su parte, se contenta con adorar a Dios sin comprenderlo. Se dirige a Él a través de un lenguaje sagrado que es diferente del lenguaje común...

Aquí la razón renuncia también al uso excesivo de las palabras, que lamentablemente existe en la práctica litúrgica inaugurada por el *Novus Ordo*, interpretada por muchos sacerdotes como una oportunidad para la pura verborrea. En el rito antiguo, en cambio, la razón recurre a otras dimensiones de la comunicación y, además de las palabras pronunciadas o cantadas, da también un lugar al silencio. Este silencio se convierte en la atmósfera, impregnada del Espíritu Santo, en la que nacen el pensamiento creyente y la palabra orante».

Como dije antes, los reformadores litúrgicos modernos insistían en que los fieles en los bancos debían poder comprender todas las oraciones y ceremonias de forma instantánea y sencilla. Por eso abogaban por la total vernacularización con traducciones simplificadas, el recitar casi todo en voz alta, la visibilidad del sacerdote *versus populum* (dirigido hacia los fieles), el uso de estilos musicales populares en lugar del canto gregoriano, etc. Nada debía quedar inaccesible, implícito, oculto o difícil de comprender.

Curiosamente, esto es completamente contrario a la forma normal en que los seres humanos aprenden y crecen. Cuando somos niños, nos enfrentamos constantemente a cosas que no podemos entender. Nuestro crecimiento intelectual se produce como resultado del impulso interior de conocer todo lo que nos provoca asombro. El asombro es el nombre de nuestra reacción ante lo que no podemos comprender, lo que no podemos captar al instante.

En un alma sana, el asombro nos mueve a buscar la comprensión. Cuando perdemos la capacidad de asombrarnos, perdemos la capacidad de aprender.

En los Evangelios vemos varios casos de incomprensión, en los que Nuestro Señor no dice: «Muy bien, dividámonos en grupos de discusión sinodales y lleguemos al fondo de esto. Después, votaremos». En lugar de eso, Jesús permite que sus compañeros se sientan incómodos en su falta de comprensión, porque aún necesitan crecer y necesitan el reto de no “entenderlo”. Se nos dice que María y José no entendían las palabras que Él decía; sus apóstoles tampoco las entendían.

Jesús muchas veces hacía cosas sin explicar por qué las hacía, como cuando envió a sus apóstoles al otro lado del lago sin Él, sabiendo que más tarde Él lo iba a cruzar y casi los mataría del susto; o cuando durmió en la cubierta de la barca durante la gran tormenta; o cuando se escapaba a lugares remotos para rezar, a pesar de las multitudes que clamaban pidiéndole más sermones. Las Escrituras nos dicen que muchas de las cosas más importantes que dijo Jesús fueron comprendidas por sus discípulos solo después de la Resurrección o después de Pentecostés.

En su obra ‘*De Doctrina Christiana*’, San Agustín propone que Dios, nuestro Maestro, ha hecho que algunas partes de las Escrituras nos resulten difíciles, como estrategia pedagógica deliberada:

«Algunas expresiones son tan oscuras que envuelven el significado en la más espesa oscuridad. Y no dudo de que todo esto fue dispuesto divinamente con el fin de someter el orgullo mediante el esfuerzo y de evitar un sentimiento de saciedad en el intelecto, que generalmente tiene en poca estima lo que se descubre sin dificultad...

Sin embargo, nadie duda de que, en algunos casos, es más agradable que el conocimiento se transmita a través de figuras, y que lo que se obtiene con dificultad en la

búsqueda proporciona un mayor placer al encontrarlo. Porque quienes buscan y no encuentran sufren hambre. Por otra parte, quienes no buscan en absoluto, porque todo lo que necesitan lo tienen a su alcance, a menudo se vuelven lánguidos por la saciedad. Ahora bien, hay que evitar la debilidad que proviene de cualquiera de estas dos causas. Por consiguiente, el Espíritu Santo, con admirable sabiduría y cuidado por nuestro bienestar, ha dispuesto las Sagradas Escrituras de tal manera que los pasajes más claros satisfacen nuestro hambre y los más oscuros estimulan nuestro apetito».

Si toda la Escritura fuera transparente y obvia, no podríamos creer que contiene las palabras del Dios eterno, infinito e incomprensible; rápidamente nos aburriríamos y dejaríamos el libro a un lado. Sí, estas palabras están proporcionadas a nosotros y a nuestras capacidades, al igual que la Encarnación hace a Dios “proporcional” a nuestra humanidad; sin embargo, también superan nuestras capacidades, y siempre lo harán. El pecado más audaz de los estudios bíblicos no consiste en ningún error concreto, sino en el racionalismo que aspira a identificar los supuestos errores del texto o a llegar a una explicación total en la que no quede nada sin aclarar.

Desentrañando las ideas de San Agustín, Joseph Shaw escribe:

«Un símbolo opaco puede quedarse grabado en la memoria y estimular la imaginación más que uno claro, y puede admitir más fácilmente significados profundos y múltiples. Cuando lo que un símbolo transmite es algo demasiado profundo como para expresarlo con palabras, entonces el significado de ese símbolo no puede explicarse en un par de frases. Sin duda, los autores de las Escrituras no ignoraban estas realidades. En ellas, en las Escrituras, encontramos una colección de historias, dichos y otros textos que son complejos y a menudo opacos... Esto no es exactamente un problema: es simplemente un reflejo de la riqueza del texto. Nuestra participación en la Palabra de Dios no mejoraría con la sustitución del texto por una versión simplificada e infantil... Las historias más desconcertantes, como la de Jacob luchando contra Dios, pueden ser objeto del arte religioso más poderoso y encontrar un hogar en la vida imaginativa de los lectores. Como bombas sin detonar, otras cosas pueden permanecer en nuestra memoria antes de ser activadas, tal vez décadas más tarde, por algún acontecimiento fortuito o una conversación».

La visión agustiniana también encuentra aplicación en los ritos tradicionales de culto divino de la Iglesia. Como acontecimientos visibles, audibles y tangibles que tienen lugar entre nosotros, estas liturgias están proporcionadas a las capacidades y las necesidades humanas, pero nos desafían a ir más allá de donde nos encontramos en cada momento dado de nuestras vidas. El ascetismo de los tiempos penitenciales y de los días de ayuno dispersos a lo largo del año es una forma evidente en la que los ritos tradicionales nos desafían; pero un desafío más sutil proviene de la propia duración, complejidad y densidad de sus oraciones y ceremonias, que nos confrontan con un contenido que no podemos comprender plenamente de una sola vez.

Se necesita toda una vida de experiencia paciente y reflexión diligente para comprender lo que la Iglesia está haciendo y transmitiéndonos en las formas desarrolladas a lo largo de siglos e incluso milenios de oración. La liturgia despierta nuestro asombro: ¿por qué se dice o se hace esto o aquello? La reflexión, o a veces un destello de intuición, nos muestra que cosas que inicialmente podían parecerse aleatorias, incidentales, incómodas, incluso inútiles, son en realidad reliquias venerables, dulces secretos, memorias preciosas, lecciones de piedad.

La mentalidad más venenosa con la que podríamos aproximarnos a la liturgia es la del racionalismo: la suposición de que la liturgia está llena de errores que deben ser corregidos por especialistas, o que puede ser explicada de manera total y adecuada para satisfacer la mente de cualquier persona en cualquier año, ya sea 1945, ó 1965, ó 2025. Es curioso (aunque no sorprendente) que el rito litúrgico centenario asombra y atrae a las personas de diferentes maneras, por diferentes razones, en diferentes momentos de la historia, e incluso en diferentes fases de la vida de una misma persona.

Así es como debe ser. Y si lográramos crear una liturgia perfectamente accesible, transparente y comprensible para la gente de nuestro tiempo (o para las personas de una determinada edad, p.ej.), esta liturgia ya no serviría para las personas de un período diferente de la historia (o para las personas de otras edades); por no mencionar el hecho —demasiado ignorado, al parecer, por los liturgistas modernos— de que en cada momento dado, en los edificios eclesiásticos se reúnen personas muy variadas, con antecedentes, capacidades, “estilos de aprendizaje”, necesidades y deseos muy diversos. La proporción de feligreses que quieren aprender de forma lógica, analítica, racionalista y literal siempre será bastante pequeña.

¿Y qué decir de los niños que se sienten más atraídos por la solemnidad, o de los padres agobiados que anhelan un poco de tranquilidad para rezar, o del artista soñador, o del trabajador cansado que descansa la cabeza contra el banco, o de la anciana que se deleita en la cálida luz de las vidrieras mientras disfruta del contacto con Dios sin palabras?

En una iglesia católica hay sitio para todos; donde no puede haber sitio para todos es precisamente en un rito racionalista. De hecho, se puede argumentar que los alumnos lógicos, analíticos y racionalistas necesitan el rito romano tradicional más que nadie, para liberarse de su apego excesivo al análisis racional y sumergirse en un entorno maravilloso que elude la resolución inmediata.

En realidad, la liturgia católica debe ser complicada, y debe estar llena de palabras y gestos simbólicos si quiere ofrecer a cualquier persona, a toda persona, algo con lo que conectar, algo a lo que aferrarse o que la “enganche”. En este sentido, la liturgia es como la Escritura: una enorme biblioteca que contiene escritos muy diversos, y en la que siempre “hay algo para cada persona” pero, lo que es más importante, siempre hay algo que va más allá de todos: el misterio de Dios, que se revela y se oculta al mismo tiempo, como si se deleitara en ser buscado, encontrado y buscado de nuevo.

San John Henry Newman describe esto con su elocuencia habitual:

«La Escritura [tiene] una estructura tan poco sistemática y tan variada, y un estilo tan figurativo e indirecto, que nadie se atrevería a decir a primera vista qué hay en ella y qué no hay. No puede ser comprendida en toda su profundidad, ni se pueden categorizar sus contenidos; a pesar de toda nuestra diligencia, hasta el final de nuestras vidas y hasta el fin de la Iglesia, la Escritura seguirá siendo una tierra inexplorada e indómita, con alturas y valles, bosques y arroyos, a derecha e izquierda de nuestro camino y cerca de nosotros, llena de maravillas ocultas y tesoros selectos».

«Maravillas ocultas y tesoros selectos»: pensemos en el velo que reviste el tabernáculo, el velo que cubre el cáliz, los velos que descansan sobre las cabezas de las damas, el velo humeral sobre la patena sostenida por el subdiácono... todos ellos revelan algo al ocultarlo, pero sin que los rija un “plan” lógico como el que podría haber elaborado un comité.

Ahora bien, alguien podría ofenderse por la afirmación de San Agustín, según la cual Dios hizo intencionadamente difícil el camino hacia Él. En su carta *Desiderio Desideravi*, el papa Francisco critica toda liturgia que emplee un «sentido del misterio», una «desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático». Por el contexto, parece que se refiere a cosas como el sacerdote mirando *ad Orientem*, las oraciones recitadas en voz baja (*sotto voce*) en un lenguaje elevado y reservado, las nubes de incienso que difuminan lo que ven nuestros ojos, el repicar de campanillas y campanas durante las elevaciones de la hostia y el cáliz, los numerosos signos de la cruz a los que el hombre medieval atribuía un significado trascendente.

Este tipo de cosas aumentan en nosotros la sensación de que hay algo especial, diferente, extraño, inalcanzable, algo que está en medio de nosotros pero de alguna manera está por encima de todo. El Papa, en compañía de liturgistas profesionales, no tiene paciencia para estas cosas: Si la reforma hubiera eliminado ese “sentido del misterio”, escribe, más que una acusación sería un mérito.

¿Cómo no recordar aquí la descripción que Alexis de Tocqueville (Pensador y ex ministro de Asuntos Exteriores de Francia de mediados del siglo XIX) hace de los pioneros estado-unidenses, que se ajusta igualmente a los europeos modernos que impulsaron la reforma litúrgica?:

«Como tienen costumbre de referirse a su propio testimonio, desean ver con claridad el objeto que les ocupa, desembarazándolo cuanto pueden del velo que lo cubre y alejando todo lo que los separa de él y se lo oculta, a fin de observarlo más de cerca y a plena luz. Esta disposición de su espíritu los conduce a despreciar las formas, que consideran como velos inútiles colocados entre ellos y la verdad».

Y, sin embargo, cuando intentamos exponer la desnudez de la realidad, nos vemos confundidos; justo cuando entendemos una cosa, tropezamos con otra brecha que no podemos cruzar. Y para cuando por fin aprendemos a cruzarla, se ha abierto otra brecha nueva. Entonces, ¿realmente podemos negar que la vida, el alma, el universo, la realidad y, sobre todo, Dios y las cosas de Dios son profundamente misteriosas y no pueden ser desnudadas “a la luz del día”?

Descartar el “sentido del misterio” sería traicionar la creencia de que la mente humana es capaz de abrazar la revelación de Dios, como la “religión dentro de los límites de la sola razón” de Kant. El misterio es una verdad luminosa y, sin embargo, inagotable, inconquistable. Como en la definición de lo sagrado de Rudolf Otto, el misterio es a la vez fascinante y abrumador, incluso a veces terrible. El misterio es ineludiblemente desconcertante. Jesús desconcertaba a sus padres y a sus apóstoles. Él sigue siendo para siempre el Príncipe de la paz y el provocador de paradojas, la Verdad que se nos entrega a nosotros no como algo para que lo poseamos, sino como una Vida para que la vivamos y un Camino para que lo sigamos.

Se nos promete que al final, cuando atravesemos la misteriosa puerta de la muerte, lo veremos a Él cara a cara, contemplaremos Su belleza, Lo comprenderemos por fin; pero, aun así, ni siquiera en ese momento Lo comprenderemos del todo, porque Dios solo es plenamente transparente para sí mismo.

No hay la más mínima posibilidad de aburrimiento en el cielo; estaremos demasiado ocupados descansando en el Acto Eterno, demasiado enamorados del Amor como para pensar en nosotros mismos.

Cuando yo era profesor, me gustaba preguntar a mis alumnos qué entendían ellos por la palabra “misterio”. En el mundo en general, este término suele aparecer cuando se habla de novelas en las que el “misterio” —es decir, el crimen que al principio no se comprende, normalmente un asesinato— tiene que ser esclarecido, las pistas tienen que descifrarse, y lo desconocido debe ser explicado por un brillante detective que, como decimos, “resuelve el misterio”. El misterio es algo que se puede “resolver”, algo de lo que uno quiere librarse.

Otro uso común donde hoy en día encontramos esta palabra es en los documentales sobre la naturaleza, donde el narrador dice cosas como: «La dieta de hongos venenosos del pájaro de pico grande y cresta marrón sigue siendo un misterio para los ornitólogos hasta el día de hoy», dando a entender que aún no han descubierto la respuesta. Pero, ¿qué queremos decir los cristianos cuando decimos que la Santísima Trinidad, la Encarnación o la Sagrada Eucaristía son un misterio?

Una cita de Matthias Scheeben será muy útil:

«El cristianismo entró en el mundo como una religión llena de misterios. Fue proclamado como el misterio de Cristo, como el “misterio del reino de Dios”. Sus ideas y doctrinas eran desconocidas, sin precedentes, y seguirían siendo inescrutables e insondables. El carácter misterioso del cristianismo, que en sus fundamentos más básicos era suficientemente inteligible, era una locura para los gentiles y un escándalo para los judíos; y como el cristianismo, con el paso del tiempo, nunca renunció ni pudo renunciar a este carácter misterioso sin traicionar su naturaleza, siguió siendo para siempre una locura y un escándalo para todos aquellos que, como los gentiles, lo miraban con ojos profanos o, como los judíos, se encontraban con ello con el corazón incircunciso...

Los misterios deben ser en sí mismos verdades lúcidas y gloriosas. La oscuridad solo puede estar de nuestro lado, en la medida en que nuestros ojos están apartados de los misterios o, en cualquier caso, no son lo suficientemente agudos como para enfrentarse a ellos y ver a través de ellos. Tiene que haber verdades que desconciertan nuestro escrutinio, no por su oscuridad y confusión intrínsecas, sino por su excesivo brillo, sublimidad y belleza, que ni siquiera el ojo humano más robusto puede hallar sin quedarse ciego...».

Las palabras de Scheeben pueden aplicarse de manera análoga a la misa tradicional. En ella nos encontramos con un mundo de misterios entrelazados y sobrecogedores, un mundo en el que Dios está en su casa y nosotros somos los forasteros que nos hemos atrevido a entrar. Nuestro intelecto nunca es del todo adecuado para la inmensidad y las dimensiones de lo que contemplamos, en parte porque se nos presenta en una densidad de palabras y acciones superpuestas que superan la capacidad de comprensión de cualquier agente finito. No todo “tiene sentido”, incluso después de muchas visitas. Y gracias a Dios por ello.

Nuestra mente humana es demasiado pequeña como para ubicarnos en el elaborado lenguaje de la revelación destilado a lo largo de miles de años de culto pagano, judío y cristiano. Se nos permite estar allí y absorber lo que podamos, cuando y como podamos, porque es bueno. «Maestro, qué bien estamos aquí...» (Lc 9, 33). Siempre hay muchas cosas sucediendo “allí arriba”, pero también una extraña serenidad a nuestro alrededor, a veces tan palpable que parece que el tiempo se ha detenido, que el espacio se ha condensado, que los eones han colapsado, que los individuos se han fusionado en torno

al Otro soberano que es interior, *intimo meo et superior summo meo*: «más íntimo que lo más íntimo de mí y más alto que lo más alto de mí».

Un comentarista de la misa tradicional señala la suprema conveniencia del silencio que se apodera de la iglesia durante el Canon Romano:

«El silencio también armoniza con el misterio de la transubstanciación, en el que los elementos materiales del pan y el vino se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Cristo sin que los sentidos lo perciban ni la mente creada pueda comprenderlo; la Presencia Real y la vida sacrificial del Salvador bajo las especies sacramentales quedan ocultas más allá de todo discernimiento. Así, el santo silencio es muy adecuado para indicar y evocar el ocultamiento y la profundidad, la incomprendibilidad y la inefabilidad de los maravillosos misterios que se celebran en el altar. [Como dice el profeta Habacuc:] «El Señor está en su santo templo; ¡que toda la tierra guarde silencio ante él! (Hab 2, 20)».

La misa, como representación mística del sacrificio de Cristo en la cruz, debe ser un lugar donde se nutran y se alimenten los místicos cotidianos, los miembros de ese Cuerpo que llamamos Místico. Contra los racionalistas de ayer y de hoy, demos gracias a Dios, con las palabras antes mencionadas de Crisóstomo, «por todas las cosas que sabemos y por las que ignoramos, por las bendiciones concedidas que vemos y las que no vemos».

Para mí y para muchos otros que han compartido sus experiencias conmigo, uno de los más grandes y constantes atractivos de la liturgia tradicional romana es que no intenta ofrecérsenos en bandeja, afirmando nuestras tendencias racionalistas y dándonos palmaditas en la espalda por participar. En lugar de eso, la liturgia tradicional mantiene su atención inflexiblemente centrada en Dios, y se muestra casi indiferente a quienes están asistiendo. Las abundantes rúbricas (las oraciones) convierten al sacerdote en un “instrumento animado”, por recordar la plácida descripción de santo Tomás de Aquino. Se nos permite ser anónimos y estar silenciosos, concentrados, libres, «perdidos, totalmente perdidos en el asombro ante el Dios que eres».

Llevo treinta años asistiendo a la misa tradicional, y la sensación de asombro, la paz serena, la libertad de oración, el deseo de Dios que se despierta una y otra vez, la alegría (y, francamente, el alivio) de no ver nunca a ningún ser humano como el centro de la atención, todo ello es motivo de la más profunda gratitud. Este “tiempo fuera del tiempo”, esta inmersión en Dios, se ha convertido en el refugio de mi corazón; estructura mi día, mi semana, mi vida.

No podría vivir bien sin ello. Y estoy seguro de que esto mismo también es cierto para muchos de ustedes.

Gracias por su amable atención.

Sevilla, 17 de julio y Oviedo, 25 de julio de 2025



II. LA GENIALIDAD DEL RITO MÁS ANTIGUO DEL CRISTIANISMO



El antiguo rito latino de la misa nació en Roma en los siglos III y IV, alcanzó su madurez en la Alta Edad Media, encontró su codificación definitiva en el siglo XVI y permaneció básicamente inalterado desde entonces hasta mediados del siglo XX. Se trata de un rito muy característico, con muchas peculiaridades que a menudo pueden resultar desconcertantes para quienes están acostumbrados al rito vernáculo simplificado que se creó después del Concilio Vaticano II. ¿Por qué la misa tradicional es cómo es, y por qué “actúa” cómo actúa?

Podremos responder mejor a esta pregunta si recordamos brevemente qué es la Misa. Dios nos creó de la nada, y por el bautismo nos rescató del pecado de Adán. Por esta doble deuda, a Él se lo debemos todo. Tenemos ante Dios una deuda que nunca podremos pagar.

En la Misa, Nuestro Señor hace presente su sacrificio único y definitivo en la cruz mediante la ofrenda de su mismo Cuerpo y Sangre bajo las especies del pan y el vino. Cuando nosotros nos unimos libremente a esta ofrenda de Jesús en las manos del sacerdote, damos a Dios la gloria y el honor que Él merece, le damos el culto que le debemos y que nunca podríamos darle por nosotros mismos.

Así, la misa es ante todo ofrecerle al Dios trino, en el sacrificio de Cristo, el culto religioso que Le debemos; y se lo ofrecemos por Él mismo, porque Él es digno de ello. La misa no es ante todo un banquete. Ciertamente, igual que los sacerdotes de la antigua alianza podían participar de la carne de los sacrificios ofrecidos a Dios, también en la nueva alianza la Misa es el sacrificio de una víctima ofrecida a Dios, del cual pueden participar los bautizados en el sacerdocio de Cristo.

Pero la misa no es una recreación estilizada de la Última Cena, como creen los protestantes, sino más bien una actualización de la oblación del Hijo de Dios en la cruz el Viernes Santo. Es un sacrificio que es también un banquete, ya que Nuestro Señor, en el exceso de Su caridad, nos permite participar de la víctima sacrificial, para compartir con Él una misma vida, un mismo Espíritu, una misma santidad.

Cuando nos damos cuenta de que la misa es ante todo una ofrenda a Dios para Su gloria –una ofrenda de Jesucristo y de nosotros mismos unidos a Él–, la pregunta que nos surgirá no es “¿qué puedo obtener yo de ella?” (aunque podamos obtener mucho, y de hecho lo obtengamos), sino más bien “¿qué debo darle Yo a Dios, y cómo puedo dárselo de la mejor manera posible?”.

Ordenar nuestra mente y nuestro corazón correctamente hacia Dios es la tarea más básica que tenemos como criaturas, y nos haremos daño a nosotros mismos si no lo hacemos o si lo hacemos de forma negligente.

Cuando comprendemos la misa como la actualización del sacrificio de la cruz, mediante el cual se da culto perfecto a la Santísima Trinidad y se rinde homenaje de adoración al Santísimo Sacramento, entonces comprendemos el fundamento de muchas de las características especiales de la misa tradicional que contribuyen a fomentar esta actitud esencial de adoración ante Dios. En esta tarde, vamos a analizar siete de sus características.

En primer lugar, vamos a considerar el «iconostasio sonoro» de la misa tradicional.

Cuando visitamos iglesias cristianas orientales, nos encontramos con un iconostasio, como un retablo de iconos, situado entre el santuario y la nave, de modo que separa al «Santo de los santos» del resto del espacio. El santuario representa la liturgia divina en la Jerusalén celestial, de la que participamos “a distancia” mientras estamos peregrinando en esta vida.

Mientras tanto, el clero puede atravesar el iconostasio e incluso llegar hasta el altar, porque actúan *in persona Christi*, en la persona de Cristo, y como Sus representantes: son mediadores que rezan en nuestro nombre, llevando nuestras ofrendas a Dios y trayéndonos Sus dones. Durante los primeros 1500 años, el Occidente romano cristiano también tuvo divisiones simbólicas: primero había cortinas y, más tarde, tablas de madera tallada con un grupo del Calvario (Jesús, María y Juan) en la parte superior.

Incluso cuando se podía ver a través de la barrera, su presencia seguía recordando a los fieles algunas verdades importantes: en primer lugar, que ahora no estamos donde un día seremos llamados a estar; que estamos separados de Dios por la caída y por nuestros pecados; que a través de Cristo (y por medio de Sus ministros visibles) tenemos la oportunidad de la reconciliación y la comunión; y que Dios está “entre nosotros” como Emmanuel, y más allá de nosotros como nuestro Señor trascendente y santísimo.

Un monje benedictino escribe:

«El carácter velado intrínseco de la misa... de alguna manera fue común a todas las liturgias durante muchos siglos; evocaba una atmósfera de misterio. En nuestra época, que exige ver para creer, Dios nos ofrece la oportunidad de redescubrir el misterio: el misterio de la eficacia invisible de la misa (2 Cor 4, 18). Debemos confiar en una medicina invisible para nuestra salvación definitiva».

Durante la Contrarreforma, en parte como respuesta a las objeciones protestantes, y en parte como respuesta a los cambiantes ideales estéticos del Barroco, la Iglesia católica retiró de los santuarios esas barreras físicas para que los laicos pudieran tener una visión de las ceremonias “sin obstáculos”. Sin embargo, se mantuvo un conjunto de separadores más sutil, al que me gusta llamar «**iconostasio sonoro**», es decir, un separador que oímos

en lugar de uno que vemos. Este iconostasio se compone de tres elementos: la lengua latina, el canto gregoriano y el silencio.

La orden de Poncio Pilato de que se colocara en la cruz el título «Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos» en hebreo, griego y latín sugirió a muchos Padres de la Iglesia que estas tres lenguas estaban destinadas a desempeñar un papel especial en la historia de la salvación. Santo Tomás de Aquino señaló que es apropiado que el rito romano de la misa, que contiene la representación de la Pasión de Cristo, emplee las tres lenguas: el hebreo en palabras como aleluya, *Sabaoth*, hosanna y amén, el griego en el *Kyrie eleison* y el latín en el resto.

Incluso en la antigüedad, cuando muchas personas hablaban latín, el latín cristiano de la Iglesia nunca fue una lengua vernácula común, sino un registro muy poético, muy estilizado. Con el paso de los siglos, adquirió el estatus de “lengua sagrada”, es decir, una lengua reservada al culto divino, en la que dejamos a un lado lo ordinario y lo cotidiano para entrar en la esfera del misterio.

Mediante el uso de una lengua ahora arcaica e inmutable, somos sacados de nosotros mismos, de nuestro propio lugar, tiempo, cultura y sociedad, y llevados al pie de la Cruz, donde se realiza la salvación humana. A diferencia de nuestras lenguas vernáculas, que están en constante cambio, el latín es universal: no es nuestro, no pertenece a nadie, y pertenece a todos; es el mismo en todas partes y, sin embargo, sigue siendo extranjero, como Dios mismo, que está presente en todas partes y, sin embargo, al mismo tiempo trasciende sobre toda la creación. En la medida en que siempre hay en la misa elementos que no entendemos, se nos recuerda que nosotros nunca comprenderemos plenamente a Dios, ya que eso sería reducirlo a nuestro propio nivel.

El canto gregoriano es el “vestido” musical con el que se revisten los textos litúrgicos latinos, o, mejor aún, el canto gregoriano es el cuerpo musical que el alma de la liturgia se ha dado a sí misma durante su lenta gestación a lo largo de varios siglos. Con su insuperable variedad de melodías modales en su ritmo libre de metro, este canto, reconocible inmediatamente como música sacra, nos indica que estamos ante la presencia de Dios y que estamos allí para ofrecerle el incienso de nuestros labios y de nuestros corazones.

El papa León XIII dice:

«Hay en ellas una gran fuerza y una maravillosa dulzura mezclada con la gravedad, todo lo cual estimula los sentimientos religiosos en el alma... No existe ningún otro tipo de música que se acerque, siquiera, al gregoriano en la “ultramundanía” que exige la Misa.

En cuanto al silencio, como dice el salmista: «Mi alma espera en silencio solo a Dios: de Él viene mi salvación» (Sal 61, 1). Los silencios profundos y prolongados de la misa tradicional son como oasis en los que podemos encontrar frescos para nuestras almas. Estos silencios abren el tiempo y el espacio para que podamos encontrarnos con Dios, que, en palabras de san Agustín, es «más interior que lo más íntimo de mí mismo, y más alto que lo más alto de mí mismo».

El silencio invita a observar, escuchar y reflexionar con atención. Permite que las ceremonias más complejas del rito antiguo nos impresionen; enmarca las palabras y los cánticos para que resuenen en nuestras almas. El silencio es una especie de postración espiritual de los sentidos y las facultades humanas en los momentos más culminantes del

Santo Sacrificio. El propósito del iconostasio sonoro del latín, el canto gregoriano y el silencio es aumentar nuestra conciencia del milagro inefable que está teniendo lugar en el santuario.

En segundo lugar, veamos la orientación hacia el este, propia de la misa tradicional.

El culto *ad Orientem*, es decir, con todos –ministros y feligreses– mirando hacia el este, hacia el altar, no es una doctrina, aunque tiene fundamentos e implicaciones doctrinales; tampoco es una declaración ni un texto que deba analizarse. Es algo más básico: es una postura corporal, una disposición o actitud que adoptamos, una actitud sin palabras que tomamos con todo nuestro ser, y que sirve de base experiencial para gran parte de lo que consideramos verdadero sobre la misa.

Los cristianos estuvieron siglos adorando *ad Orientem* sin que nadie pensara en escribir por qué lo hacían. En el año 375, San Basilio de Cesarea, uno de los más grandes Padres de la Iglesia, habla de la costumbre apostólica de «volverse hacia el este en la oración [eucarística]». Esta práctica encontró inspiración y confirmación en pasajes de las Escrituras que llaman a Cristo «el Oriente» o que dicen que Cristo asciende al este, o que vendrá del este.

Miramos hacia el este no porque estemos haciendo referencia a un “lugar sagrado” concreto de la tierra, como Jerusalén o La Meca, sino porque nos volvemos hacia Aquel que es el templo en Su cuerpo, Cristo nuestro Señor, y con Él nos orientamos hacia el Padre que está por encima de todo (cf. Ef 4, 6). El este funciona como símbolo cósmico y bíblico del mismo Cristo, de Su dominio sobre nosotros, de Su regreso en gloria y de Su reino celestial, que anhelamos con esperanza.

Cuando el sacerdote permanece *ad Orientem*, es decir, no de cara a la congregación, sino en la misma dirección que esta, disminuye tanto su individualidad como la nuestra; se enfatiza que él está sustituyendo a Cristo, el Sumo Sacerdote y cabeza del Cuerpo Místico, guiándonos hacia las puertas del Reino. Él es “la cabeza de un cuerpo de personas, que nos conduce hacia un destino común”.

El hecho de que el sacerdote esté de espaldas al pueblo y de cara al altar –por lo general, esto significa hacia el este geográfico, el tabernáculo y un crucifijo prominente, todo al mismo tiempo– subraya que no está haciendo algo dirigido principalmente a los fieles, sino que está haciendo algo para ellos y ofreciéndoselo a Dios, en honor de Dios y para ganar la gracia de Dios para Su Iglesia. La visión del sacerdote así orientado, con su cuerpo protegiendo el milagro que, en cualquier caso, el ojo humano no puede percibir, armoniza con las “barreras” sensibles ya mencionadas. Es como si el sacerdote celebrante, conformado con Cristo en virtud de su ordenación, se convirtiera en un iconostasio viviente ante el altar: una imagen que se yergue allí, que no se revela a sí misma, sino que revela al Señor.

El tipo de casulla que se usa habitualmente en la liturgia tradicional está más ornamentada en su parte posterior, porque la casulla está pensada para ser vista desde atrás. El sacerdote desaparece en su papel, de modo que, cuando los monaguillos que nos representan levantan el borde de la casulla en la elevación de la Hostia y el Cáliz, sabemos que nosotros también, imitando a la mujer del Evangelio que sufría de hemorragia, podemos tocar la vestimenta de Cristo y ser sanados. En esta doble elevación, toda la creación, junto con nuestros corazones, se eleva hacia Dios.

En tercer lugar, consideremos la “densidad” del rito tradicional.

Debido al latín, al canto gregoriano, al silencio y a la orientación hacia el este, la misa tradicional transmite una fuerte sensación de que el culto es teocéntrico (centrado en Dios) y está siempre más allá de nuestro completo entendimiento. Esta impresión se ve reforzada por sus múltiples “capas” de texto y ceremonial. A menudo suceden muchas cosas al mismo tiempo, con diferentes ministros que ejercen diferentes funciones y sigue cada uno su propia línea, como ocurre en la realidad del cosmos, con sus jerarquías de ángeles y de hombres, y con su red de organismos, partículas, fuerzas y sistemas interconectados.

El *introito* cantado se eleva mientras el sacerdote y los monaguillos recitan las oraciones al pie del altar, y cuando el sacerdote sube los peldaños del altar rezando en voz baja, comienza la evocadora melodía del *Kyrie*. Este solapamiento de palabras y acciones se repite a lo largo de toda la misa, rodeándonos con la oración, sumergiéndonos en ella. Ante esta densidad, complejidad y simultaneidad, el hombre intuye fácilmente que esta liturgia no puede ser principalmente para él; él es finito y no puede “abarcarlo todo”. El hombre llega así a la conclusión, y esto por una fácil intuición, de que debe de estar sucediendo algo que está muy por encima de él, y algo que está destinado a alguien que está muy por encima de él.

Parte de esta “densidad” de la misa tradicional es el número de acciones simbólicas y objetos que se emplean en su celebración. El sacerdote lleva más vestimentas: además del alba, el cíngulo y la casulla, se coloca el amito sobre los hombros, el manípulo en la muñeca izquierda y el birrete en la cabeza. En las funciones más solemnes se ven capas, dalmáticas, túnicas y velos humerales. Las vestimentas suelen estar muy decoradas y adornadas con símbolos religiosos.

En comparación con la misa moderna, en la misa tradicional se recitan más oraciones, se hacen más gestos –signos, tanto sutiles como evidentes, de fe, devoción y adoración, como el sacerdote besando el altar ocho veces durante la liturgia (en lugar de sólo dos), inclinando la cabeza para honrar a Dios o a los santos en momentos significativos, haciendo muchas genuflexiones ante el Santísimo Sacramento—. Hay más elementos que llaman nuestra atención, como las sacras a la izquierda, a la derecha y en el centro; el atril del misal, que se mueve de derecha a izquierda y viceversa, en una pequeña procesión que se corresponde con las diferentes “estaciones” de la oración; o la disposición de las velas del altar, con un crucifijo en el centro.

Todas estas vestimentas, oraciones, gestos, objetos... son “notas” que nos recuerdan por qué estamos allí y nos animan a dar una respuesta espiritual adecuada ante el gran *mysterium fidei*, el misterio de la fe que está aconteciendo en medio de nosotros. Se podría decir, en tono informal, que estas cosas son como percheros o ganchos en los que podemos colgar nuestros pensamientos y oraciones.

En cuarto lugar, los textos del rito tradicional están fijados y son limitados.

Aunque resulte paradójico, teniendo en cuenta lo que acabo de decir sobre su densidad y su complejidad, el rito romano clásico es, al mismo tiempo, más compacto en cuanto a la cantidad de texto que contiene y más predecible en cuanto a lo que será cada día. El misal no permite casi ninguna desviación de la rutina y el calendario preestablecidos, lo que hace que resulte muy fácil familiarizarse con sus textos y ceremonias una vez que la persona ha superado la curva de aprendizaje inicial.

La misa tradicional hace un uso constante de la repetición ritualizada de frases, oraciones y plegarias. El signo de la cruz se hace muchas, muchísimas veces: lo hace el sacerdote, y lo hacen los fieles imitando al sacerdote. El *Kyrie* se recita como una letanía de nueve veces: tres *Kyries* por el Padre, tres Cristos por el Hijo y tres *Kyries* por el Espíritu Santo. Fuera del Adviento y la Cuaresma, el Gloria se recita casi todos los días del año, y el Credo se reza con más frecuencia que en el *Novus Ordo*. La confesión personal de los pecados mediante el *Confiteor* se hace tres veces: una vez la hace el sacerdote, otra vez la hacen los ministros, y otra vez la hacen nuevamente los ministros justo antes de la comunión.

Las fórmulas doxológicas (es decir, de dar gloria a Dios) son muy frecuentes. La Hostia es aclamada como Víctima inmaculada muchas veces antes y después de la consagración. El nombre de Santa María se pronuncia casi una docena de veces durante la misa. El sacerdote dice «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di tan sólo una palabra y mi alma será sanada» tres veces antes de recibir la Sagrada Comunión, y luego lo repite tres veces junto con el pueblo antes de distribuirla a los fieles. En otras palabras, se dice seis veces, en lugar de una. Esta repetición da al alma distraída la oportunidad de dominar su cuerpo, mientras que al alma devota le da la oportunidad de derramar su afecto: una sola palabra o un solo gesto nunca son suficientes para el amor.

Quienes han practicado la *lectio divina* o la lectura orante de la Biblia saben cuánto se beneficia uno de la lenta asimilación de un texto elegido. Es necesario mortificar el deseo de leer demasiado o de saltar de un lado a otro. Hace falta leer y releer un pasaje antes de que éste se abra y revele su tesoro.

Del mismo modo, el leccionario anual del Misal Romano tradicional, en contraposición a los ciclos leccionales de dos y tres años del *Novus Ordo*, ofrece al fiel tiempo para asimilar un conjunto más limitado de pasajes bíblicos que están especialmente bien elegidos para su propósito litúrgico inmediato: tienden a enfatizar la misión divina de Cristo, sus curaciones milagrosas y sus parábolas, reforzadas por numerosas exhortaciones morales de San Pablo sobre el comportamiento que los cristianos deben practicar para ser dignos de la comunión eucarística. Al encontrarse con estos mismos textos una y otra vez, uno se los pone como una prenda de vestir, o los asimila como alimento y bebida. Uno comienza a pensar y a rezar con sus frases.

Lo que sucede con el leccionario sucede, a su vez, con toda la liturgia. La fijeza del rito romano clásico desde el principio hasta el final, desde la colecta hasta la poscomunión, desde el salmo 42 al principio hasta el prólogo de San Juan al final, facilita una *lectio divina* litúrgica que permite abarcar las palabras del misal entero, tanto en sus partes fijas como en las que varían. Dado que hay muchas menos partes que varían, ya que hay una sola plegaria eucarística (el Canon Romano, que se utiliza siempre) y un número limitado de prefacios, y, por otra parte, las festividades de los santos se celebran normalmente con el Común de los Santos (que está compuesto por versículos y oraciones apropiados de la Escritura), el fiel se familiariza cada vez más con el contenido de la misa y puede penetrar más profundamente en su significado.

En quinto lugar, consideremos el calendario litúrgico de la misa tradicional romana.

El calendario de la misa tradicional difiere considerablemente del calendario del *Novus Ordo*. Por un lado, está mucho más poblado de santos: varios cientos más cada año en la misa. Esto supone una gran diferencia en la “sensación” general, ya que las antífonas, las

oraciones y las lecturas suelen estar determinadas por la festividad. La teología que subyace aquí es que los santos son los ejemplos más perfectos de Cristo, mientras que Él es la imagen perfecta del Padre; así, la misa puede estar centrada a la vez en los santos y en Cristo.

Por otro lado, el “ciclo temporal” —esto es, las partes del año que se corresponden con los principales misterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo— está más diferenciado en el calendario tradicional. El tiempo de la Navidad es más largo: más allá de la octava que culmina con la fiesta de la Circuncisión, los Doce Días de Navidad culminan con la Epifanía el 6 de enero, y luego la Epifanía nos baña en la luz del Verbo hecho carne, hasta la fiesta de la Candelaria, el 2 de febrero, que pone fin a esa mini-temporada.

Tres semanas antes del Miércoles de Ceniza llega una mini-temporada de preparación para la Cuaresma llamada Septuagésima, que ayuda hábilmente en la transición psicológica hacia la Cuaresma. La Cuaresma da paso al Tiempo de Pasión, que son las últimas dos semanas del tiempo de Cuaresma, durante las cuales las imágenes se cubren con velos violetas y la liturgia pierde varias de sus oraciones habituales, en recuerdo del despojo de las vestiduras de Cristo para humillarlo. El Tiempo de Pasión da paso a la Semana Santa y, finalmente, viene el Triduo Pascual, donde, además de las liturgias principales, tienen lugar los delicados oficios de *Tenebræ*. Después de la Pascua y su octava, el Tiempo Pascual culmina con la Ascensión, seguida de Pentecostés y su octava, celebrándose Pentecostés durante ocho días en lugar de uno solo.

Los domingos de todo el año se denominan domingos después de Pentecostés o domingos después de la Epifanía. Las antiguas celebraciones de los días de Témporas y las Rogativas, que tienen lugar en diferentes épocas del año, ofrecen oportunidades estacionales para dar gracias a Dios por sus dones naturales y sobrenaturales, hacer penitencia por nuestros pecados y rezar por los seminaristas y los novicios, las vocaciones y los recién ordenados. Todas las liturgias históricas de los cristianos tenían características como éstas, y, al participar nosotros en ellas, volvemos a la continuidad con la Iglesia del primer milenio e incluso de los primeros siglos.

En sexto lugar, consideremos la reverencia eucarística en la misa tradicional.

La liturgia tradicional practica y, por lo tanto, inculca, la máxima reverencia hacia la Santísima Eucaristía. Para evitar que se dispersen partículas, y para recordar la grandeza de lo que está haciendo, el sacerdote mantiene juntos sus dedos índice y pulgar desde la consagración de la Hostia hasta las cuidadosas abluciones después de la Comunión. Muchas veces se inclina y hace genuflexiones hacia el Santísimo Sacramento.

Sólo las manos del clero tocan las sagradas especies y las distribuyen a los fieles, que las reciben en la lengua, arrodillados, en una postura de humilde sumisión y adoración. Esta práctica milenaria de arrodillarse ante el Santo de Israel, verdaderamente presente en el Sacramento del Altar, y de recibirlo en la lengua de la mano de un ministro ordenado, literalmente encarna nuestra dependencia de Dios, nuestra poquedad e indignidad, nuestra necesidad de postrarnos en adoración ante el Señor y nuestro deseo de sanación y elevación.

En esta práctica está contenida la humildad de querer ser alimentado como un niño que es demasiado pequeño para alimentarse por sí mismo. Uno de los salmos dice, en la persona de Dios: «Abre tu boca, y yo la llenaré». “Yo la llenaré”. En el ámbito sobrenatural, todos nosotros somos niños que necesitamos ser

alimentados por el Padre, alimentados con el pan que es Su Hijo. La cercanía misericordiosa de Dios no es motivo para que abandonemos el temor reverencial y las expresiones de nuestra pequeñez, dependencia y necesidad de purificación. Dado que la misa tradicional comunica y consolida con fuerza la enseñanza católica sobre la Sagrada Eucaristía, es un recurso formidable para la renovación eucarística.

En séptimo lugar, veamos la “atmósfera cortesana” de la misa tradicional.

Por su atmósfera, la misa tradicional podría describirse como “regia”. Tiene características que recuerdan a una ceremonia cortesana, porque Nuestro Señor Jesucristo es el Rey de reyes y Señor de señores, es el Rey Altísimo sobre toda la Tierra. Las Escrituras hablan de la “corte de Dios” en el cielo, y de cómo todos los bienaventurados se inclinan ante Él en adoración: «Adorad al Señor en Su santo templo» (Sal 95, 9).

Jesús rechazó un reino terrenal no porque Él no tuviera poder, sino porque Su poder es absoluto, universal, supranacional y eterno; Jesús no quería limitarse al antiguo Israel ni a una sola época. Según los salmos, Él gobierna sobre todas las naciones y todos los hombres con una vara de hierro (Sal 2, 9), es decir, con su ley divina inmutable, que es el fundamento firme y sólido de nuestra felicidad. La Misa recapitula todo en Él, en Su Cruz y en Su reinado glorioso. Como dice el salmista: «Sé exaltado, oh Dios, por encima de los cielos, y tu gloria por encima de toda la tierra» (Sal 56, 6 [57, 5]).

Aunque se podrían señalar otras muchas, estas siete características principales del rito romano tradicional, todas ellas “definidas” en él y que nunca pueden ser opcionales, ya lo diferencian clara y drásticamente de cualquier otro rito, incluido el rito moderno de Pablo VI. En conjunto, crean un acto de culto y una experiencia de oración que son singularmente intensos, puros, centrados, coherentes y espiritualmente refrescantes y renovadores.

Las últimas décadas han demostrado que esta liturgia tradicional romana, a pesar de sus aspectos desafiantes —de hecho, en gran parte debido a sus aspectos desafiantes, gracias a ellos—, sigue respondiendo a las necesidades humanas esenciales y universales y, además, responde a las necesidades propias de la era “posmoderna”. En mis viajes por todo el mundo, veo con qué prontitud los jóvenes responden a los valores y virtudes de la tradición católica; parecen estar hambrientos de ese arraigo religioso que nuestra sociedad desarraigada y agitada les niega en otros ámbitos. Pienso que verdaderamente este es un caso en el que debemos tomar en serio las palabras del apóstol San Juan: «El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias». El Espíritu nos está hablando desde lo más profundo de nuestra tradición católica, y por nuestra parte es sabio escucharle.

Gracias por su amable atención.

Córdoba, 19 de julio de 2025



III. CÓMO NUESTRA SEÑORA NOS ENSEÑA EL SIGNIFICADO DE LA MISA



En la Biblia, la Santísima Virgen María es una mujer de pocas palabras y pocas apariciones; pero las palabras que pronuncia y el papel que desempeña son de tal profundidad que nunca, ni en mil siglos, se agotaría la sabiduría que contienen.

La tradición de la Iglesia encuentra en ellas una guía para la vida espiritual. También podemos encontrar en ellas una guía para las correctas disposiciones internas y las correctas acciones externas propias de la liturgia, es decir, la oración formal, pública y solemne de la Iglesia. Esta tarde vamos a meditar sobre las lecciones de la Anunciación, el Calvario y Caná.

Cuando el arcángel Gabriel le anuncia a la Santísima Virgen que va a tener un hijo, la reacción de María muestra que Ella se había consagrado a la virginidad perpetua: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» (Lc 1, 34). El ángel le responde: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). Este hijo no será fruto de la acción de un hombre, sino que será formado por la acción directa del Espíritu Santo, será fruto de la omnipotencia del Creador y, por lo tanto, digno de ser llamado hijo de Dios mismo.

En este intercambio hay una profunda lección litúrgica para nosotros. A menudo se habla de la Iglesia católica como de “el Cuerpo Místico de Cristo”, esto es, la extensión del misterio de la Encarnación en el espacio y en el tiempo. Algo similar puede decirse de la sagrada liturgia: es Cristo entre nosotros, «el resplandor de su gloria y la imagen de su sustancia» (Heb 1, 3), como Él lo es del Padre. A través de la sagrada liturgia, los misterios de la vida, muerte, resurrección y ascensión del Señor se hacen presentes y eficaces entre nosotros; el Señor mismo nos toca, en cuerpo y alma, para sanarnos y elevarnos.

La liturgia es, por así decirlo, el vástago de Dios en medio de nosotros, formado a lo largo de largos siglos por el aletear del Espíritu Santo sobre la superficie de las aguas del mundo (cf. Gn 1, 2). La liturgia no es una mera construcción hecha por manos humanas o por comités humanos, sino un don inmerecido de Dios, nacido del seno de la Iglesia, nuestra Madre, por el poder del Altísimo que la cubre con su sombra.

Como vemos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, la liturgia surge principalmente por intervención de Dios, que impregna a Su esposa con la semilla de la Palabra. La liturgia nace de la receptividad virginal de la Iglesia, que luego nutre a los hijos que le han sido confiados. Es erróneo pensar en la liturgia como si fuera ante todo una “obra de manos humanas”, el fruto de nuestra genialidad, de nuestras habilidades, de nuestros programas pastorales... como si nosotros fuésemos sus creadores y tuviésemos derechos paternos sobre ella.

Más bien, la liturgia viene de Dios, de la liturgia eterna de la Jerusalén celestial; la liturgia le pertenece a Dios, que nos la confía y la pone en nuestras manos para que nosotros la custodiemos; así, la liturgia vuelve a Dios, y nosotros volvemos a Él a través de ella.

Prestemos mucha atención a cómo Nuestra Señora da su *fiat*: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). María no dice “yo haré tal y tal”, sino «Hágase en mí». Además, Nuestra Señora no dice: “Hágase en mí según mis palabras” o “Hágase en mí según yo lo entiendo”, como si Ella estuviera celebrando un contrato entre iguales. María dice «según tu palabra».

Nuestra Señora no comprende todo lo que esta palabra contiene o exige. De hecho, Ella sabe que está consintiendo con algo que está más allá de su comprensión, y se entrega a ello por completo.

Esta fórmula «Hágase en mí según tu palabra» ilumina la espiritualidad de la liturgia tradicional de la Iglesia, ya sea oriental u occidental. La liturgia nos es dada como una palabra de inmensa densidad, como un Logos que debe encarnarse en nuestras iglesias, en nuestros altares, en nuestras almas. A imitación de la Madre de Dios, nosotros debemos convertirnos en portadores de una palabra recibida.

Nosotros ni hacemos ni creamos ni modelamos esta palabra, sino que, como María, la recibimos de Otro, y luego somos transformados por ella.

Por lo tanto, para que la liturgia sea mariana, para que nos transforme en imagen de María, no debe estar sujeta a la voluntad del celebrante. La liturgia no puede estar llena de opciones, variaciones, adaptaciones, expresiones campechanas, comentarios espontáneos o improvisaciones. Como dijo Joseph Ratzinger: «La grandeza de la liturgia radica en su falta de espontaneidad». Tener opciones entre las que elegir, módulos con los que construir, puntos en los que improvisar... cambia el carácter del culto. Tener opciones y elecciones, en lugar de expresar la actitud mariana, el «hágase en mí según tu palabra», expresan la actitud moderna de creatividad y autonomía mal entendidas: “Lo haré yo según mi mente, mi elección y mis palabras”.

Los ritos tradicionales de la Iglesia están llenos de perfecciones: estabilidad de la forma, solidez de las fórmulas, tesoro inagotable de oraciones sagradas, ortodoxia rotunda, orientación trascendente y una belleza que es de otro mundo. Cuando el rito litúrgico exige la sumisión completa del celebrante a sus oraciones, gestos y ceremonias, este rito “envuelve” al celebrante, lo esconde dentro de sus amplios espacios hasta que el celebrante desaparece en el resplandor brillante de Cristo.

Cuando el celebrante se somete completamente a un rito así, entra en la *kenosis*, esto es, entra en el vaciamiento de sí mismo que también vivió Cristo; y así se convierte en otro Cristo, *alter Christus*, mediador entre el hombre y Dios. Además, el celebrante practica la humildad de san Juan Bautista, que dijo: «Es necesario que Él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30). Por eso es tan importante la orientación tradicional del sacerdote mirando hacia el este junto con el pueblo, al que él está conduciendo a Cristo.

Es la inflexibilidad de las formas litúrgicas tradicionales lo que les da su indomable poder para moldearnos, cambiarnos, ser nuestro punto de referencia fijo, ser la roca en la que se puede afianzar el ancla de nuestros corazones inquietos.

Nosotros, que somos tan inestables, y estamos tan atrapados en nuestras emociones cambiantes y nuestros pensamientos pobres, necesitamos una base inmutable de oración rica y resonante con la piedad y la sabiduría acumuladas a lo largo de los siglos.

Solo de esta manera alcanzamos la calma, llegando a un puerto que refleja nuestro refugio eterno. Podemos describir la liturgia perenne con las palabras de la Epístola a los Hebreos: «Por eso, nosotros, que recibimos un reino inconmovible, hemos de mantener esta gracia; y, mediante ella, ofrecer a Dios un culto que le sea grato, con respeto y reverencia» (Heb 12, 28).

La (sempi)eterna oposición a la actitud de Satanás, su *Non serviam*, es el *Fiat mihi secundum Verbum tuum* de Nuestra Señora: hágase en mí según Tu palabra, según la palabra de sabiduría de Dios. El *fiat* de Nuestra Señora tiene algo que enseñarnos a todos nosotros.

A los laicos en general, este *fiat* nos enseña que debemos recibir, amar y vivir la tradición cristiana que nos ha sido transmitida por nuestros antepasados: A las mujeres, el *fiat* de María os enseña a abrazar vuestra identidad mariana como vírgenes, esposas y madres; y a los hombres, el *fiat* de María nos enseña a someternos a las exigencias de la paternidad, ya sea sacerdotal o doméstica.

Al clero, el *fiat* de María le enseña a permitir que la liturgia sea ella misma, y que sea la liturgia la que les forme a ellos, en lugar de ser ellos los que actúen sobre ella y la formen. A los hombres y mujeres consagrados, el *fiat* de María les enseña a vivir totalmente desde y para el Cuerpo Eucarístico de Cristo y, de esta manera, les enseña a vivir para aquellos miembros del Cuerpo Místico de Cristo que más necesitan la oración, el sacrificio y la misericordia.

A todos, Nuestra Señora nos muestra que la acción procede de la contemplación y vuelve a la contemplación.

La Virgen María no era como Santa Marta, ocupada con muchas cosas y quejándose de que nunca la ayudaban. Más bien, como dice San Lucas, «María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19; cf. 2, 51). Para Ella, lo más importante era la verdad inmutable de Dios y su reflejo en el rostro de Jesús. A esto orientaba Ella dulcemente todo lo demás; Ella vivía por completo *ad Orientem*.

En el Calvario vemos la realidad interior del Santo Sacrificio de la Misa, es decir, la Pasión sangrienta y vivificante del Hijo de Dios.

San Juan dedica dos austeros versículos al pequeño rebaño que son las personas presentes en el Gólgota: «Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo que él amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la llevó a su casa» (Jn 19, 25-27).

No se menciona ni el nombre de María ni el de Juan, sino que se dice solo «la mujer» y «el discípulo al que Él amaba». Esto subraya su anonimato: ellos están como velados ante el terrible misterio; están inmersos en él, se funden en Cristo.

Como dice san Pablo: «Vosotros habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios» (Col 3, 3). Ellos están de pie al pie de la cruz.

Aquí, en el Gólgota, estar de pie significa una actitud de atención, significa la entrega completa de uno mismo a la realidad presente. María y Juan están, por usar una maravillosa expresión antigua, “asistiendo al sacrificio del Señor”. Y no asisten hablando, cantando o moviéndose, sino “estando presentes” ante Jesús en lo más profundo de sus almas.

La “postura” adecuada de quienes asisten a la misa es la actitud de la receptividad de María y la contemplación de Juan. Los signos visibles y audibles utilizados en la liturgia, así como las acciones corporales con las que respondemos a estos signos, deben estar al servicio de esta adoración del Cordero que hacen María y Juan.

Cuando San Lucas nos dice que «María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón», nos confía el secreto de la insuperable participación de Nuestra Señora en los misterios de Cristo.

De hecho, Ella misma nos lo dice: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador» (Lc 1, 46-47). Su alabanza a Dios es interior, está escondida en lo más profundo de su alma y de su espíritu, y por una especie de desbordamiento brota en el gran himno del *Magnificat*. El corazón palpitante de la “participación activa” es el silencio, el recogimiento, la reverencia y la oración interior; sólo sobre este fundamento puede surgir una participación externa que tenga sentido. Esta verdad, muy olvidada desde el Concilio Vaticano II, se ha redescubierto en todos los lugares en los que se celebra la misa tradicional.

En el Calvario puede que hubiera cierto ruido de fondo –las voces roncas de los soldados romanos que se repartían las vestiduras echándoselas a suertes, o los abucheos ocasionales de algún escriba o fariseo–, pero la impresión que se desprende de los relatos evangélicos de la Pasión es la de una quietud espeluznante, un silencio generalizado que envolvía la montaña, como la nube oscura que, en tiempos de Moisés, había cubierto el Sinaí.

Cuando Jesús pronuncia Sus palabras desde la cruz, Su voz rompe el silencio y hace resonar los profundos pensamientos del Amor crucificado como una catarata de agua que parte la roca de los corazones duros y empapa la tierra de los corazones blandos. Uno recuerda la atmósfera de una Misa Rezada o de una Misa Solemne: en la primera hay una quietud soberana, y en la segunda, una expresión de autoridad y majestad que obliga a prestar atención: «¡Todos vosotros, los que pasáis por el camino, fijaos bien y mirad...».

Una liturgia de rito romano sin un silencio sustancial que emerja desde dentro de su propia estructura y espiritualidad es una liturgia que no logra confrontarnos con el misterio de Dios, no logra integrarnos en nosotros mismos como hijos de Dios, y no logra conectarnos entre nosotros como miembros de Su Cuerpo Místico.

El Papa Benedicto XVI enseñó:

«En efecto, la palabra [de Dios] sólo puede ser pronunciada y oída en el silencio, exterior e interior. (...) La gran tradición patristica nos enseña que los misterios de Cristo están unidos al silencio, y que sólo en el silencio la Palabra puede encontrar morada en nosotros, como ocurrió en María, mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente».

Una liturgia con canto gregoriano y con el esplendor de belleza que le es propio tiene el poder de sacarnos de nuestra secularidad complaciente y apaciguar nuestra ruidosa

agitación. Cuando asistimos al banquete celestial, los recursos de la tradición involucran nuestros sentidos, nuestra imaginación y nuestro intelecto para que no nos perdamos el vino más dulce y embriagador, que es el vino de la meditación y la contemplación.

Esto me lleva a las bodas de Caná, donde, por la delicada intervención de Nuestra Señora, Nuestro Señor hace su primer milagro. La Virgen María dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5).

Al igual que su gran *Fiat*, estas palabras nos muestran el espejo inmaculado del alma de María, que siempre hace lo que Él dice, que siempre se somete a Sus exigencias, incluso cuando le cuesta todo. Ella sabe que su Hijo puede darnos el camino a seguir, Él puede proporcionar el vino nuevo que se necesita con urgencia.

Podemos aprender muchas lecciones de Caná. Fíjense en la maravillosa atención de María, su ojo para los detalles, su plena conciencia de lo que está sucediendo a su alrededor. «No tienen vino» (Jn 2, 3), le dice a su Hijo con sencillez, sin pánico ni locuacidad. Ella está completamente atenta a las personas, la celebración, las necesidades del momento.

En esto Nuestra Señora nos da ejemplo de que, cuando celebramos el misterio de las bodas de Nuestro Señor con la Iglesia en la Cruz —un misterio que se hace presente en el Santo Sacrificio de la Misa—, también nosotros debemos esforzarnos por estar atentos, conscientes, cuidadosos y totalmente presentes en lo que estamos haciendo, para así poder dar al Señor la honra que Le es debida y recibir de Él una comprensión cada vez mayor de las ceremonias, los gestos y las palabras, los ministros y los objetos con los que éstos celebran el misterio, de modo que nuestro amor por el Esposo sea cada vez más intenso.

La observación de Nuestra Señora se aplica también a nosotros, en la Iglesia actual: «No tienen vino». Tantos de nuestros cálculos y modernizaciones nos han fallado, no se han cumplido, no nos han dado lo que nos prometieron, lo que nosotros esperábamos obtener. Por eso, necesitamos ayuda de una fuente que no sea la del *aggiornamento* o “actualización” de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II, en los que habíamos confiado. Tenemos que pedir refuerzos a la época de los grandes santos y eruditos académicos, la época de las catedrales y los monasterios, la época de la piedad y la penitencia, la época del esplendor y de la belleza.

El Señor está esperando para ofrecernos un vino nuevo, que es nuevo no porque haya sido embotellado hace unos minutos, sino porque brota del Nuevo Adán y es perennemente fresco, eternamente verdadero, deleita siempre el paladar interior, sin agriarse nunca, sin empalagar nunca.

De manera inesperada, jóvenes católicos de todo el mundo están siendo atraídos de nuevo hacia expresiones de la tradición que se creían muertas y enterradas; en particular, los ritos litúrgicos desarrollados orgánicamente a lo largo de los siglos bajo la guía de Su Espíritu Santo han demostrado poseer una enorme vitalidad y relevancia en un mundo posmoderno y post-cristiano, ya que responden a un profundo anhelo de coherencia, autenticidad, trascendencia y misterio.

Históricamente la Iglesia de Roma fue famosa por la veneración que mostraba hacia su propia herencia, su ardiente celo por sus ritos y doctrinas. Y me parece que esto no es sino

la traducción eclesial de la espiritualidad de la Santísima Virgen María, quien «guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón».

Fíjense bien en todo lo que encierra la primera parte de esa frase, «Ella guardaba todas estas cosas», que podemos entender mejor enfatizando sus diferentes palabras: «Ella guardaba todas estas cosas», se aferraba a ellas como si le fuera la vida en ello, y ni se le ocurriría desecharlas o deshacerse de ellas.

«Guardaba todas estas cosas»: no clasificó ni desechó las cosas que la molestaban o suponían un desafío para Ella o la desconcertaban, sino que las conservaba todas en su corazón, en su oración, en su vida.

Vemos esta actitud en el encuentro de Jesús en el templo tras la pérdida, una ocasión en la que su Madre parece expresarle un tierno reproche: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te buscábamos angustiados» (Lc 2, 48). Sin embargo, apenas unos versículos más adelante se nos dice que «su madre guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lc 2, 51). Su reacción ante el desconcertante misterio de su Hijo es acogerlo en su alma y atesorarlo.

¡Qué lección para nosotros, que nos hemos acostumbrado a pensar, como niños consentidos, que todo debe sernos accesible de inmediato, sin dificultades, y sin exigirnos un largo aprendizaje!

Ella guardaba todas estas cosas. En la tradición judeocristiana uno no guarda cualquier cosa, uno no recibe cualquier cosa, sin importar lo que sea. Más bien, uno guarda «estas cosas», las obras de Dios en favor de Israel y los misterios de Cristo en favor de la humanidad. Se trata de una preservación específica de algo que ha sido dado de forma concreta. En lugar de mirar a María, nuestra Madre, e imitar su tenaz “custodia”, en las últimas décadas muchos católicos han mirado hacia la modernidad, cuyo espíritu no solo está en tensión con las virtudes de María y su riqueza de contemplación como Sede de la Sabiduría, sino que es contrario a ellas.

Lo que es cierto para la Santísima Virgen María lo es también para todos los católicos: tenemos una tradición histórica concreta, no un batiburrillo de generalidades y banalidades. Nuestras prácticas católicas tradicionales enfatizan este hecho. Arrodiarse, aunque es comprensible en todas las culturas como signo de humildad, nos une a la adoración de los Magos y a Santa María Magdalena ungiendo los pies de Jesús. El culto *ad Orientem*, aunque puede comprenderse como símbolo cósmico de volverse hacia la fuente trascendente de la luz y la vida, apunta a Cristo, el Oriente que irrumpe en el mundo y volverá desde el Este.

La misma combinación de inteligibilidad universal y el “escándalo de lo particular” se encuentra en las grandes liturgias históricas de Oriente y Occidente.

Nacidas en un lugar, tiempo y cultura concretos, estas grandes liturgias están muy bien definidas, individualizadas; son lo que son, inconfundiblemente, y nada más; y a lo largo de los siglos han ido desarrollando una profundidad característica, una especie de “personalidad”, debido a las diversas influencias que actúan sobre ellas.

Al mismo tiempo, estas grandes liturgias históricas muestran una notable capacidad para ser trasplantadas por los misioneros a nuevos lugares, tiempos y culturas, donde cautivan y forman nuevos pueblos para Cristo.

En su variedad, los ritos litúrgicos tradicionales orientales y occidentales expresan polifónicamente la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia de Cristo. Cada una tiene sus matices y fuerzas peculiares; ninguna puede confundirse con

otra. Una vez que se han consolidado en sus formas definitivas, uno no intenta mezclarlas; cada una debe ser respetada por la tradición concreta que encarna. Quienes pertenecen a un determinado rito disfrutan del privilegio de recibirlo, cuidarlo, preservarlo y transmitirlo a sus descendientes.

Como católicos romanos, nosotros hemos heredado el rito romano. Este rito es el más antiguo de todos, ya que se remonta a un período tan lejano que aún no había habido entre los cristianos ninguna disputa acerca de la divinidad del Espíritu Santo. Esto explica la ausencia de una epiclesis, es decir, esto explica por qué en el Canon Romano en la celebración de la misa no se hace la invocación del Espíritu Santo: simplemente no era necesaria, ya que toda la teología de la consagración es diferente.

Para los primeros cristianos de Roma, bastaba con pedirle al Padre que hiciera algo (en este caso, convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre), porque Él está complacido en el Hijo.

Si el Padre concede Su bendición paterna, el efecto se produce de forma inexorable. Fue sólo más tarde, en respuesta a la herejía oriental del macedonianismo, que los cristianos bizantinos comenzaron a invocar al Espíritu para que suscitara la conversión de los dones. Esa manía de mediados del siglo XX de cambiar todo tipo de prácticas y textos tradicionales, cancelando los antiguos e inventando otros nuevos, tiene -lamento decirlo- un aura anti-mariana: en lugar de guardar todas estas cosas particulares que el Señor nos ha confiado, nosotros picoteamos y elegimos, mezclamos y combinamos, inventamos y desechamos.

Por lo tanto, si queremos ser como María, los católicos de rito romano debemos recibir, guardar y meditar el rito romano tal y como éste se ha ido desarrollando orgánicamente a lo largo del tiempo, ya que este rito romano es la encarnación de las obras de Dios y de los misterios de Cristo para nosotros. Es nuestro “escándalo litúrgico de lo particular”.

Este rito es perfectamente él mismo y nada más. Su canon único, su antiguo leccionario anual, su ciclo de propios y oraciones, su calendario, todas estas cosas lo hacen ser él mismo y nada más. Debemos acoger con alegría y orgullo el escándalo de lo particular, la tradición histórica concreta del catolicismo, la teología siempre iluminadora e inspiradora del Concilio de Trento.

En este tiempo de gracia, el Señor Jesús llama a su Iglesia en la tierra a volver una vez más, con humildad y arrepentimiento, a su primer amor. Él espera pacientemente su conversión de la vana búsqueda de los ídolos mundanos a la estabilidad de la sagrada Tradición. Nuestra Señora nos muestra el mejor camino, el camino verdadero, el camino santo. Sigámosla con todo nuestro corazón, mientras caminamos con confianza en el espíritu de María y en el poder de la liturgia latina tradicional.

Gracias por su amable atención.

Toledo, 21 de julio de 2025



IV. POR QUÉ ES BELLO EL RITO TRADICIONAL Y POR QUÉ NECESITAMOS ESTA BELLEZA



Cuando era joven y escuché por primera vez la famosa cita del padre Frederick Faber — «**la misa es lo más bello que hay a este lado del Cielo**»—, recuerdo que pensé que era un sentimentalismo victoriano exagerado. No encajaba con mi experiencia de haber crecido en una parroquia suburbana estadounidense. La misa tal y como yo la había conocido no tenía el carácter celestial y trascendente que suscitó en el padre Faber esas palabras. Pero más tarde, y de forma totalmente inesperada, descubrí la misa tradicional en latín, aquella sobre la que escribía el padre Faber; y con los años, por experiencia, llegué a comprender que él tenía, y tiene, toda la razón.

Fue esta misa tradicional la que su contemporáneo San John Henry Newman elogió en términos tan elevados:

«Declaro que [...] para mí nada es tan reconfortante, tan conmovedor, tan emocionante, tan sobrecogedor como la misa tal y como se celebra entre nosotros. Podría asistir a misas eternamente sin cansarme. No es una mera forma de palabras: es una gran acción, la mayor acción que puede haber en la tierra. No es una simple invocación, sino, si me atrevo a usar la palabra, la evocación de lo Eterno. Él se hace presente en el altar en carne y sangre, ante quien se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios. Este es el acontecimiento terrible que es la trascendencia y la interpretación de cada parte de la solemnidad».

El contraste aquí es esclarecedor. Una liturgia protestante “invoca” al Eterno: lo nombra, lo llama, tal vez lo exalta con un lenguaje refinado, pero no lo “evoca”, es decir, no lo hace presente, no nos convoca a su presencia, no nos sumerge en él. La invocación es más activa: es algo que nosotros hacemos, buscando resultados futuros. En cambio, la evocación es más pasiva: es algo hecho en lo que nosotros entramos; el resultado presente es una cierta presencia de lo Eterno. Esta «mayor acción que puede haber en la tierra» está revestida de majestad y de belleza.

Pero, ¿qué es la belleza? Santo Tomás de Aquino enseña que la belleza surge de tres propiedades cuando están presentes juntas: **integridad** o totalidad, proporción adecuada o **armonía**, y brillo o **claridad** de forma. La misa en latín tiene estas tres propiedades en

abundancia. La belleza “surge” siempre que hay una gran claridad sobre lo que una cosa es. Lo que vemos y lo que oímos en la liturgia tradicional nos atrae porque hace que la realidad de la misa, el sacrificio de la cruz, sobresalga con una claridad que nos sacia. Las cualidades superficiales (o “accidentes”) armonizan tan bien con la naturaleza del misterio que el resultado es *veritatis splendor*, el esplendor de la verdad.

Un gran monje benedictino del siglo XX, Dom Gerard Calvet, fundador del floreciente monasterio de Le Barroux, en Francia, ofrece el comentario perfecto sobre este concepto. Dice:

«Se entra en la Iglesia por dos puertas: la puerta de la inteligencia y la puerta de la belleza. La puerta estrecha... es la de la inteligencia; está abierta a los intelectuales y a los eruditos. La puerta más ancha es la de la belleza...

La Iglesia, en su misterio impenetrable, necesita una epifanía (manifestación, aparición o revelación) terrenal que sea accesible a todos: esta epifanía es la majestad de sus templos, el esplendor de su liturgia y la dulzura de sus cantos... Más que ninguna otra cosa, [la belleza de la liturgia] merece ser llamada “el esplendor de la verdad”. Abre a pequeños y a grandes los tesoros de su magnificencia: la belleza de la salmodia, los textos y cantos sagrados, las velas, la armonía de los movimientos y la dignidad de los gestos. Con arte soberano, la liturgia ejerce una influencia verdaderamente atrayente sobre las almas, a las que toca directamente, incluso antes de que el espíritu perciba su influencia».

Para los hombres, como seres compuestos de cuerpo y alma, y para los cristianos, como discípulos del Verbo encarnado, deben estar presentes ambos elementos: la verdad y el esplendor. No nos basta con saber que ciertas cosas son verdaderas, ni con que se nos diga que son verdaderas; necesitamos de alguna manera ver y oír representaciones convincentes de ellas.

La liturgia occidental tradicional se ha desarrollado a lo largo de tres milenios (si incluimos los antecedentes judíos); ha sido recibida, adornada, rezada y transmitida por innumerables almas santas. Es por ello que en el venerable rito romano experimentamos tal sentido de profundidad, sacralidad, seriedad y atemporalidad. El uso del canto gregoriano, que es el más grande corpus melódico de la música occidental, contribuye de manera particularmente poderosa a la belleza general del rito.

Los benedictinos tienen muchos lemas. Uno de ellos es *Deo optimo maximo*, “A Dios, el mejor y el más grande”. Pues bien, Aquel que es el mejor y el más grande merece lo mejor y lo más grande. Cuando dedicamos tiempo, esfuerzo, dinero y talento y empeño artístico a cultivar lo bello, demostramos que estamos dispuestos a darle a Dios lo mejor de nosotros mismos, y, al hacerlo así, también hacemos lo mejor para nosotros mismos, que hemos sido creados a su imagen y semejanza. Él merece la belleza. Y nosotros anhelamos la belleza y nos nutrimos de ella.

Cuando viví en Austria, durante siete años y medio, una de las cosas que más me llamó la atención fue la eficacia con la que la Iglesia en Europa había aprovechado el poder de las bellas artes como herramientas de catequesis, devoción y misticismo. La Iglesia predicaba a través de la música, las pinturas, las esculturas, las iglesias majestuosas, los santuarios con sus altares imponentes. Gran parte de la fe estaba “codificada” en las obras de arte, lo que hacía innecesarias las explicaciones verbosas y tediosas.

En el siglo XX, por la Iglesia se extendió una nueva ola de racionalismo con la creencia de que la manera más importante de transmitir la fe era hablar de ella y hacer que las personas respondieran. Los defensores de esta opinión pensaban que los fieles se convertirían en cristianos más serios y maduros si se erradicaba todo lo que estos racionalistas consideraban que era como el “desorden” distractor de la herencia visual y musical de la Iglesia. En lugar de una arquitectura impresionante y santuarios elaborados, una polifonía sublime y cantos de otro mundo, los reformadores de la década de 1960 abogaban por espacios visualmente despejados y vacíos y por canciones escritas en un estilo popular que no tenía nada de trascendente.

El resultado fue un enorme vacío de belleza, una especie de “ausencia real” en lugar de presencia real. Creo que la pérdida de la fe en la Presencia Real de Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía vino precipitada, en parte, debido a esta catastrófica pérdida de belleza en las iglesias y en la liturgia. Los signos externos ya no apuntaban a este misterio, y no gritaban (ni susurraban): «¡He aquí el Cordero de Dios! Inclinaos ante Él, ante El que es digno de todo lo que podamos darle».

Cuando Dios ordenó la construcción del tabernáculo en la Antigua Alianza, mostró su modelo con todo detalle, exigiendo los materiales más costosos. Cuando Nuestro Señor quiso entregarse a sus discípulos más íntimamente que nunca, utilizó el pan y el vino en medio de un ritual religioso muy estructurado que se celebraba en un cenáculo bien amueblado. La liturgia judía en el templo y en la sinagoga siempre siguió el mismo plan, y lo mismo hizo su plenitud, la liturgia cristiana, animada por el milagro del Hijo de Dios hecho carne y sangre. La fe católica, con el poder de la Encarnación que trajo consigo, desarrolló la cultura más rica en belleza que el mundo haya conocido jamás, todo ello al servicio de señalar más allá de sí misma, hacia Dios.

Las bellísimas iglesias católicas, las bellísimas formas artísticas y las bellísimas liturgias invitan a los creyentes a una conversión más profunda e influyen en los no católicos o en los católicos alejados de la fe para que se conviertan. David Clayton, uno de los principales defensores del arte sacro católico actual, remonta su interés inicial por el catolicismo a su primera experiencia de una misa solemne en el Oratorio de Londres. La arquitectura imponente, la conmovedora polifonía del coro, las elaboradas ceremonias litúrgicas, el proceder de los ministros y la congregación... parece que todo ello se confabuló para impregnar su alma con el mensaje: «Hay algo más, infinitamente más, que todo aquello que has concebido previamente en tu vida. Ábrete a ello».

A lo largo de los años he conocido a muchas personas que se sintieron atraídas a la Iglesia católica al asistir a una misa solemne en latín o al escuchar el canto gregoriano; lo mismo que le sucedió a Clayton aquel día. ¿Y cómo podría esto sorprendernos? Es evidente que la Divina Providencia no ha estado ajena al lento desarrollo de la belleza de la liturgia. El Señor la ha dotado de un poder magnético para atraer a las almas, para elevar y reconfortar a las que ya creen, y para despertar y convencer a las que aún no creen.

Todo esto tiene importantes implicaciones también para la vida familiar. A medida que un niño crece en el seno de la familia, sus padres tienen la grave obligación de educarlo y formarlo en el amor por lo bello, leyéndole buenos cuentos, poniendo buena música, colocando en su entorno obras de arte buenas, creando juntos arte y música, brindándole poemas para que los memorice y, como colofón, asistiendo a una liturgia que sea bella sensiblemente.

Todas estas cosas forman parte de una educación sutil y que transforma y afina el gusto, la sensibilidad, el instinto y la intuición. Cuando se nos educa en la belleza, adquirimos un sentido de lo correcto y apropiado, el respeto, la nobleza y la dignidad.

Como dice Roy Peachey:

«La derogación de la belleza no es simplemente un error estético: crea una profunda herida en la civilización, una herida que no se puede curar fácilmente. Cuando la sociedad ignora, desestima la belleza, se aleja de la realidad misma».

La belleza tiene dos dimensiones: la exterior (“en la superficie”) y la interior (“en las profundidades”).

Una gran obra de arte, como la catedral de Chartres, tiene ambas dimensiones: un “deslumbramiento” inmediato de manifestaciones resplandecientes, así como un sofisticado orden geométrico, cosmológico y teológico que sólo se hace evidente para el contemplador paciente y atento. La misa romana tradicional también tiene ambas dimensiones: la belleza exterior para los cinco sentidos y la belleza interior para la mente y el corazón.

Por ejemplo, la misa romana tradicional ofrece a nuestra vista la imagen de un sacerdote orientado hacia el este, absorto en la oración, vestido con una casulla reluciente ornamentada con símbolos, y los movimientos ordenados de los ministros que sirven al Señor como ángeles alrededor de su trono.

La misa romana tradicional ofrece a nuestro oído el reconfortante concurrir de frases latinas que no cambian, sorprendentemente antiguas como palabras labradas en un monumento romano, familiares como el sonido de un poema favorito y, en momentos elegidos, con las alas para elevarse que le dan las incomparables melodías del canto gregoriano; incluso los silencios resuenan en el oído del corazón y le invitan a escuchar bien la Palabra que desciende de Su trono celestial para morar entre nosotros.

La misa romana tradicional ofrece a nuestro olfato el perfume del incienso, que asciende por el santuario como oraciones llevadas por las manos de los ángeles, y se irradia a todas partes empapando nuestro cabello y nuestra ropa.

Con muchos más tiempos de estar arrodillados, la misa romana tradicional ofrece a nuestro tacto la sólida humildad de las rodillas sobre los reclinatorios y de los brazos sobre los bancos, culminando en el gesto sumamente elocuente de caer de rodillas para comulgar, con nuestras manos juntas e impotentes, nuestra cabeza inclinada hacia atrás y nuestra lengua dichosa por el privilegio de poder recibir el pan de los ángeles.

La misa romana tradicional revela misterios profundos mediante un uso sabio de todas las formas de comunicación. Para muchas personas, el “toparse” con ella supone el inicio de un renacer en su fe o incluso el despertar de la fe por primera vez.

Un católico estadounidense describe con estas palabras su experiencia la primera vez que asistió a la misa tradicional:

«Arrodillado ante el altar mayor, comprendí algo de la majestad y la realeza de Jesucristo, mientras el sacerdote, vestido con las antiguas vestiduras, se acercaba al altar mayor, intercediendo por nosotros ante Dios, suplicando misericordia... Comprendí por primera vez el papel intercesor del sacerdote.

En mi primera misa tradicional, lo que me impactó fue la belleza: “¿Dónde ha estado la belleza todos estos años?”... Especialmente fueron los cantos melismáticos [cantos en los que se cantan varias notas en una sola sílaba, generando un efecto sonoro fluido y ornamentado] los que me sumergieron en lo etéreo... Sólo pude

concluir que me encontraba en presencia de la Belleza misma. Esto yo lo comprendí intuitivamente al tener la experiencia de Dios en la misa romana tradicional. Sólo más tarde empecé a leer y a estudiar y a comprender mejor lo que estaba sucediendo».

La brillante poetisa italiana y fundadora de 'Una Voce' en Italia, Cristina Campo, observa: «La inmutabilidad del rito verdadero y de todas las tradiciones fue querida por Dios precisamente para que, en esa rememoración cósmica e infalible de las figuras, pudiéramos avanzar cada día un poquito más en la insondable complejidad de sus significados: aquello que nunca se dejará expresar en conceptos racionales, sino sólo indicar, aludir en gestos, sonidos, símbolos... ordenados a la Divinidad... [Entre ellos se incluyen] las velas, el incienso, las vestimentas solemnes, la majestuosidad de los gestos y los rostros, el resonar de los cantos, los pasos, las palabras, los silencios... todo el cosmos simbólico, vivo, luminoso y rítmico que nunca deja de apuntar, aludir, referirse a una realidad celestial de la que la liturgia no es sino una sombra en la tierra».

La misa tradicional—especialmente en su pleno esplendor de la misa solemne y de la misa pontifical— es, verdaderamente y sin duda alguna, «lo más bello que hay en este lado del Cielo»; la misa tradicional «no es sino una sombra en la tierra de la realidad celestial». Uno tiene que ver esta sombra brillante para enamorarse de ella, y tiene que amarla para poder verla plenamente y para empezar a ver a través de ella y más allá de ella. La vista acrecienta el amor, y el amor se alimenta de una visión cada vez más profunda, en una espiral ascendente sin fin que culmina en una visión que llamamos beatífica.

Por todo esto, no me sorprenden en absoluto dos hechos notables. El primero es el hecho de que Internet está repleto de fotografías y vídeos de la misa tradicional. Su evidente belleza no pasa desapercibida para nadie. El segundo es el hecho de que en los últimos años ha habido una avalancha de nuevas publicaciones que ahondan en su historia, forma, teología y simbolismo. «Sólo el que ama puede cantar», dijo san Agustín; y, por lo que se ve, al menos en nuestros tiempos, ¡los que aman, además de cantar, también hacen muchas fotografías y escriben muchas cosas!

Pero, ¿de dónde procede esta inconmensurable belleza? ¿De qué se trata? La fuente más profunda de la belleza del antiguo rito es su reflejo, exterior e interior al mismo tiempo, de Cristo mismo. Cada oración, cada lectura, cada antifona, cada gesto y cada ceremonia tratan sobre Él, están dirigidos a su adoración. Durante más de mil años, los alegoristas litúrgicos de Occidente meditaron amorosamente sobre la misa como “imagen en movimiento de la eternidad”, como una imagen en movimiento de la Historia de la salvación, que muestra lo eterno y lo divino entrecruzándose con lo temporal y lo humano e impregnándolo.

En resumen: **la misa es lo más bello que hay en este lado del Cielo porque es el icono principal de Cristo.**

Como explica el padre Claude Barthe en su libro 'Bosque de símbolos', nuestros antepasados de todos los siglos percibían

«...un vínculo entre el desarrollo de la misa y la historia de la salvación: la misa representa la misión de Jesucristo, desde el anuncio de su llegada a la tierra—al que corresponde el *introito*, cantado por el coro, que a su vez representa al coro de los profetas que anunciaron la llegada de Cristo— hasta su Ascensión, a la que corresponde el *Ite missa est* y la despedida de los fieles con la que se despide de los

asistentes a la misa tal y como Cristo se despidió de sus apóstoles en el Monte de los Olivos».

Permítanme ofrecerles un par de ejemplos de cómo esta así llamada “explicación alegórica” de la misa, que tiene sus raíces principalmente en tres libros de la Biblia —el Evangelio de San Juan, el Apocalipsis de San Juan y la Epístola a los Hebreos—, ilumina el significado de lo que vemos desarrollarse ante nosotros con nuestros sentidos corporales.

En primer lugar, en cuanto a por qué hay tres ministros principales en la misa solemne, el padre Barthé dice:

«La característica especial de una misa solemne es que se desarrolla en torno a las acciones de tres ministros sagrados: el sacerdote, el diácono y el subdiácono. Los tres ministros de la misa solemne representan al mismo Jesucristo en tres estados diferentes: ayer, hoy y por los siglos de los siglos.

El subdiácono representa el Antiguo Testamento, Jesucristo ayer, que fue anunciado en parte en las palabras de los profetas y en parte en figuras por los santos que le precedieron. Como es lógico, el subdiácono ocupa siempre el rango más bajo, el de la incompletitud... El diácono representa el Nuevo Testamento, Jesucristo hoy, anunciado en su plenitud por los apóstoles y sus sucesores, los obispos, que son los difusores del Evangelio...

Y, en fin, «el celebrante se identifica plenamente con Jesucristo hoy y por los siglos de los siglos, tal como Él es y será siempre, en la gloria del cielo. El celebrante es el instrumento y el representante de Cristo glorioso y victorioso, el Cristo que se hace realmente presente en el altar en los elementos del pan y del vino para realizar allí su sacrificio para la remisión de los pecados y para la gloria de su Padre.»

Así, la antigua misa romana se muestra como un magnífico icono de Cristo, el Cristo que le fue prometido desde antiguo a Israel, el Cristo que vino a habitar entre nosotros en la tierra y fundó la Iglesia, y el Cristo que vive eternamente para interceder por nosotros a la derecha del Padre. Y es que, de hecho, cada acción, cada gesto, cada palabra del rito tradicional tiene lecciones como estas que enseñarnos.

Por poner otro ejemplo: el elaborado Ofertorio del rito tradicional refleja perfectamente uno de los aspectos fundamentales de la vida de Cristo, a saber, el modo sacrificial en el que Jesucristo vivió, se movió y existió, de tal manera que en diversos momentos de su vida —en la Encarnación, en la Circuncisión, en el Huerto de los Olivos— ya se estaba preparando para ofrecerse a sí mismo, y estaba comenzando a ofrecerse como preludeo de la ofrenda suprema en la Cruz, en la que obtuvo la redención completa del género humano y abrió las puertas del cielo. Cristo mismo anticipó Su Pasión más de una vez, y lo mismo hace el venerable rito romano.

Cuando algunos liturgistas del siglo pasado se opusieron a la “anticipación” del sacrificio en el ofertorio tradicional, demostraron que no habían “leído” en absoluto el rito dentro del contexto de la historia de la salvación y la vida de Cristo; en otras palabras, habían dejado de utilizar la clave del simbolismo para abrir la puerta de la liturgia.

Si queremos comprender el patrimonio litúrgico de la Iglesia, debemos volver a tomar esta clave, esta llave, y utilizarla bien, en todas las cerraduras que encontremos, tal y como hicieron nuestros antepasados, y no sólo los intelectuales, sino también los campesinos analfabetos a los que las vidrieras, las homilías, los cantos populares y las devociones privadas les habían enseñado a reconocer la constante interacción entre el

símbolo y la verdad. Podríamos decir que, durante toda su Historia, y hasta la revuelta protestante, los cristianos vivían en un mundo lleno de iconos o imágenes que apuntaban constantemente a los misterios de la fe cristiana.

Por todo esto, cualquier ataque a la liturgia tradicional de la Iglesia es una forma de iconoclasia, al igual que lo fueron el ataque de los antiguos emperadores bizantinos a las imágenes religiosas o el ataque de los protestantes del siglo XVI a las estatuas, las vidrieras, los coros, las vestimentas y los vasos litúrgicos. Estos dos ataques, el de los bizantinos y el de los protestantes, nacieron de una interpretación de las Escrituras torpe, que tachaba de idolatría el culto a las imágenes que traen a la mente a sus originales.

Las tres oleadas de iconoclasia o destrucción de imágenes —la bizantina, la protestante y la moderna— se basan en una concepción errónea de las relaciones entre lo externo y lo interno, entre lo sensible y lo espiritual; se basan también en un rechazo fundamental del concepto de tradición, por la cual debemos recibir en su totalidad todo aquello que se nos ha transmitido por el sentir unánime de la Iglesia.

En última instancia, tal ataque a la imagen es un ataque a Dios encarnado, a la Belleza suprema hecha carne, cuyos atributos se reflejan en los edificios de la Iglesia, en los iconos, en los propios ritos litúrgicos. De la misma manera en que la veneración que se da a un icono se transmite a su arquetipo (evitándose así cualquier atisbo de idolatría), quien desfigura la imagen de Dios desfigura, o al menos intenta desfigurar, a Dios mismo. Esto es cierto para la persona humana, icono primordial que presupone la Encarnación; es cierto para los iconos creados para hacer presentes entre nosotros a personas transfiguradas por la gracia y la gloria; y es cierto para lo más bello que hay a este lado del Cielo: la liturgia transmitida por la tradición.

Un icono representa a la persona a la que retrata, y el homenaje se le rinde a la persona misma, no al icono. La liturgia es Cristo comunicado a nosotros y comunicándose con nosotros, y el homenaje que rendimos a la liturgia se lo estamos rindiendo a Aquel que se nos comunica a través de ella. Esta visión se basa en la creencia, antaño común entre los católicos, de que la liturgia es en sí misma un don divino.

Es consolador saber que incluso la horrible persecución de los amantes de los iconos bizantinos duró sólo un tiempo, y luego desapareció de Oriente para siempre. Martin Mosebach escribe:

«Como nos muestra el ejemplo de la iconoclasia bizantina, cien años es un tiempo relativamente corto para superar este tipo de enfermedad. Hasta que esto suceda, lo que necesitamos, como demostró la resistencia ofrecida por la Iglesia bizantina, son sacerdotes y monjes completamente decididos a mantener viva la tradición. En Bizancio, después de una gran destrucción, las imágenes sagradas salieron victoriosas. Monjes decididos habían tomado algunos de los iconos y los habían escondido. También nosotros necesitamos muchos sacerdotes decididos que guarden y conserven para nosotros el rito sagrado de la Encarnación».

La belleza es el primero, el último y el más eficaz mensajero de Dios. Los hombres aprendemos que el mundo es bueno y ordenado gracias a la belleza de la naturaleza, una belleza que nosotros experimentamos a través de nuestros sentidos, y que sólo más tarde llegamos a comprender intelectualmente. Y de la misma manera en que nosotros vemos la belleza interior del ser humano, sobre todo en las grandes obras del arte humano, también llegamos a conocer al Dios personal a través del hacer artístico de Dios, a través

de su creación y de sus obras artísticas más bellas; de las cuales una de las más grandes es, sin duda, el rito romano clásico. Qué privilegio estar entre aquellos a quienes el Señor ha mostrado la belleza de Su rostro reflejada en este icono. A Él sea la gloria y el honor, por los siglos de los siglos. Amén.

Gracias por su amable atención

Madrid, 22 de julio de 2025



V. POR QUÉ LA MISA TRADICIONAL ES MAJESTUOSA Y CORTESANA



Cuando la liturgia cristiana emergió de las catacumbas, tras el Edicto de Milán, comenzó a celebrarse de una manera grandiosa que sugería una corte presidida por un juez o un rey. ¿Por qué se sentía que este modelo era la mejor y más natural expresión del culto público, hasta tal punto que nadie lo cuestionó hasta la Revolución Protestante? Para responder a esta pregunta, comencemos por el último libro de la Biblia, el libro del Apocalipsis o Apocalipsis de San Juan.

En palabras de Joseph Ratzinger:

«El Apocalipsis, con su visión de la liturgia cósmica, en cuyo centro se encuentra el Cordero sacrificado, ha reproducido el contenido esencial del sacramento eucarístico de una gran forma, según la cual tiene que medirse toda liturgia local. Lo esencial de la liturgia eucarística es, según el Apocalipsis, su participación en la liturgia celestial».

Scott Hahn escribe:

«Dios reveló el culto celestial en términos terrenales para que los seres humanos — que, por primera vez, eran invitados a participar en el culto celestial— supieran cómo hacerlo».

El libro del Apocalipsis ayudó a la Iglesia naciente a discernir qué elementos del culto de la Antigua Alianza debían conservarse en la Nueva Alianza, en la medida en que la nueva concluye e incluye a la antigua. La Iglesia puede —y debe— tener edificios, ministros, candelabros, cálices, incienso y vestimentas, porque su culto, ordenado a Jesucristo y derivado de Jesucristo, es la perfección de todo lo que el antiguo culto, con estos símbolos, mostraba como aún por cumplirse.

Los mismos símbolos adquieren un nuevo significado al apuntar a una realidad ahora cumplida, una salvación ganada por Cristo en la cruz, una gloria compartida con los fieles que ahora pueden entrar en el cielo. Dado que nuestra adoración terrenal es aún imperfecta en comparación con la del reino celestial, es apropiado que conservemos

símbolos que no puedan confundirse con la realidad última y que, sin embargo, no solo nos la recuerden, sino que también nos pongan en contacto vivo con ella.

¿Por qué la Sagrada Escritura termina con el Libro del Apocalipsis? La razón es tan simple como profunda: el Apocalipsis no es únicamente el cierre de un libro escrito, y ni siquiera lo es fundamentalmente; sino que el Apocalipsis es el comienzo o la apertura a algo más que es intrínsecamente mayor que la Escritura: el culto vivo del Cuerpo vivo de Cristo. El Apocalipsis cierra la Biblia porque nos describe e invita al banquete eucarístico del Cordero, que es donde las cosas de las que se habla en la Escritura están realmente presentes, en toda su intensidad. Los signos escritos nos llevan a la realidad significada; el pan de la palabra lleva al pan de vida, el libro lleva al altar.

Joseph Ratzinger y Scott Hahn nos muestran por qué la liturgia debe estar impregnada de simbolismo del templo en todos sus aspectos: arquitectura, mobiliario, decoración, música sacra, acciones ceremoniales. La música que oímos debería elevar nuestra mente a las realidades divinas y celestiales, para que podamos captar un débil eco de la música angelical; el edificio de la iglesia debería ser una evocación de la ciudad celestial; el santuario debería ser una imagen magnífica del Santo de los Santos. Las ceremonias, en su esplendor ordenado y solemne, deberían elevar la mente hacia la majestad y el misterio de Dios.

El paradigma simbólico fundamental del culto según la Sagrada Escritura y la tradición cristiana es que Dios es nuestro gran Rey, que gobierna sobre todas las cosas con el cetro de la justicia; que Jesucristo es el Rey de reyes y Señor de señores, el Juez de vivos y muertos; que el cielo es su trono, y la tierra es el estrado de sus pies; y que, en su santa corte, una incontable multitud de ángeles le sirven.

Inmediatamente surgirá una objeción por parte de los llamados “progresistas”: Toda esta imaginería real, monárquica y cortesana —junto con la antigua liturgia que se basa en ella fuertemente— ¿no es simplemente un constructo cultural enmarcado en un tiempo concreto, y que en nuestro tiempo puede y debe ser sustituido por un convenio más democrático o popular? ¿No debería cada época tener una liturgia que le hable desde dentro de sus modelos sacro-políticos predominantes?

Los enemigos de la tradición afirman que la liturgia romana clásica se caracteriza por la cortesía o por la etiqueta propia de una corte real, y que, con el paso del tiempo, se fue mezclando (y corrompiendo) con expresiones de la política secular barroca. En otras palabras: los progresistas sostienen que la misa tradicional —pensemos especialmente en la misa pontifical— es una elaborada muestra de deferencia hacia un príncipe o un rey, más deudora de la alta cultura secular que de los precedentes sagrados, y que resta valor a la humildad, la sencillez y la inmediatez de la presencia de Cristo en la comunidad y también a la hermandad reunida alrededor de la mesa.

Por muy razonable que esto pueda parecer a algunos, histórica y teológicamente es insostenible. Desde el principio, la imagen de “la corte del gran rey” se adoptó como marco para la liturgia cristiana, porque la realeza y el culto en el templo van de la mano. En palabras de J. B. Bagshaw,

«La estructura misma de la iglesia sugiere la presencia de Dios, y la ornamentación del altar transmite la misma idea. En principio, se asemeja mucho al esplendor y la ceremonia de la corte del rey. Es imposible que entre los hombres exista la realeza sin que los reyes tengan signos externos por los que se les distinga y se les honre...

La ceremonia, por supuesto, ha variado mucho a lo largo del tiempo, pero desde el primer rey que gobernó entre los hombres, y hasta nuestros días, siempre ha habido algún tipo de manifestación de realeza. Del mismo modo, es imposible que los hombres crean que nuestro Señor está entre ellos y no le entreguen y pongan a sus pies sus tesoros más preciados, al igual que era imposible que Santa María Magdalena no derramara su precioso unguento sobre Sus pies. La iglesia es Su palacio, y el altar es Su trono...

Tomamos esa gloriosa corte celestial que se nos describe en las Sagradas Escrituras y tratamos débilmente de imitarla en la tierra. Las velas, el incienso y las flores, las vestiduras y la ceremonia de los sacerdotes, ¿qué son, sino una imagen terrenal de esa «gran multitud que nadie podría contar... vestida con túnicas blancas y con palmas en sus manos», y de «todos los ángeles que estaban alrededor del trono, y los ancianos y los cuatro seres vivientes, y se postraron ante el trono sobre sus rostros y adoraron a Dios?»»

Así lo dice Bagshaw.

Independientemente de si creemos que la democracia puede funcionar o no —su historial hasta ahora es muy inferior al de la monarquía y la aristocracia, si nos fijamos en el nivel de los gobernantes beatificados o canonizados y en la preservación de la fe en las sociedades—, la democracia no tiene cabida alguna en el ámbito de los misterios sobrenaturales: el cristianismo es puramente y totalmente monárquico.

Frente al contexto del Antiguo Testamento, en el que Dios se revela como el único y gran Rey sobre toda la tierra y el pueblo de Israel se presenta como un pueblo real y sacerdotal gobernado por profetas, jueces y, en última instancia, por la dinastía davídica, nosotros profesamos que Cristo es nuestro Rey, el Gobernante del cielo y de la tierra, de todos los tiempos, pasados, presentes y venideros, de este mundo y del próximo; que Sus ángeles y santos son Su corte real; y que, aunque Él se digne llamarnos sus amigos y hermanos, nosotros sabemos que nunca dejamos de ser Sus súbditos.

Nuestro sacrificio eclesial, la Santísima Eucaristía, es una oblación real y sumamente sacerdotal, una verdadera *leitourgia*, que significa la obra de uno en nombre de muchos, la obra que explica el cristocentrismo y el sacerdotalismo de los ritos litúrgicos tradicionales, es decir, la inevitable orientación “vertical” de estos ritos hacia Cristo y su gran dependencia del clero para su ejecución.

En consecuencia, la fijación moderna por la democracia, como si esta fuera la mejor o la única forma válida de gobierno, no solo no elimina nuestra necesidad del lenguaje de la realeza y la cortesía, sino que lo hace mucho más necesario que nunca antes, a fin de grabar en nuestras mentes cómo son realmente las cosas en el reino de Dios. La liturgia debe reflejar la verdad de Dios —Su monarquía absoluta, Su gobierno paternal, Su corte jerárquica en el esplendor indescriptible de la Jerusalén celestial—, y no las verdades pasajeras de nuestras organizaciones políticas provisionales modernas.

Todos nuestros experimentos democráticos e igualitaristas se desvanecerán al final de los tiempos, cuando se revele a todas las naciones el glorioso reinado de Cristo Rey; y aquellos que se hayan sometido a Su yugo suave serán elevados a la vida eterna en carne glorificada, mientras que aquellos que lo hayan rechazado sufrirán las consecuencias de su abuso del libre albedrío.

Por esta razón, celebrar la liturgia de una manera que se muestre menos cortesana, menos regia, menos hierática, menos espléndida, es hacerla parecer lo que no es: es hacerla menos veraz, menos celestial, menos real. Celebrada de este modo, se engaña al Pueblo de Dios, que se aleja aún más del encuentro con el Dios verdadero. Si la forma en que se celebra la liturgia nos lleva a pensar que la misa es para nosotros, que sus protagonistas principales somos nosotros, que los sacerdotes son una especie de funcionarios públicos contratados para administrar los asuntos de la comunidad... entonces esa liturgia promueve una mentira perniciosa.

La liturgia no es “del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Es el acto salvífico de Cristo, realizado primero y siempre por Él, y por los ministros ordenados que actúan en Su nombre y con Su autoridad; se realiza para la glorificación de Dios, y solo por esa razón santifica al pueblo.

Una de las mayores bendiciones de la liturgia tradicional romana es su representación pura, abierta y sin complejos de la corte del gran Rey del cielo y de la tierra, en todas sus oraciones, rúbricas y ceremonias, y en las espléndidas formas artísticas que surgieron de su “Corte” y refuerzan el “drama” de los santos misterios de nuestra redención. En ella encontramos una manifestación de la monarquía divina sin componendas, sin ambages y, nuevamente, sin complejos, que irradia a través de los símbolos sagrados y la jerarquía eclesiástica. La liturgia tradicional romana nos envuelve en una atmósfera de aristocracia espiritual, o, dicho de otro modo, nos introduce en el mundo de los santos, que reinan con Cristo.

Después de todo, esta antigua liturgia no fue elaborada por un comité de expertos, como se elaboran las leyes y los proyectos de ley en los parlamentos o congresos contemporáneos, sino que fue surgiendo lentamente a lo largo del tiempo a partir de innumerables corrientes de doctrina y devoción que eran introducidas por monjes u obispos piadosos y luego asimiladas por laicos temerosos de Dios. La liturgia tradicional desafía todo lo que el hombre moderno ha llegado a dar por sentado. Lanza un desafío a nuestras suposiciones, rutinas y expectativas modernas. Es un enorme desafío a nuestra arrogancia social y colectiva y a nuestro orgullo cultural.

Cuando consideramos la cortesía de la liturgia, no debemos olvidar “respirar con los dos pulmones” de la Iglesia. La Divina Liturgia bizantina está repleta de imágenes y gestos cortesanos, como corresponde a su larga formación en la corte imperial de Constantinopla. La liturgia bizantina tiene todos los mismos tipos de ritos “cortesanos” que el rito romano, como el beso de las manos del celebrante, la reverencia hacia las personas, los iconos y otros objetos, las velas y el incienso; rituales que tienen su origen en la veneración que rodeaba al emperador.

Los cuatro himnos querubínicos se refieren a Cristo como Rey. El de uso diario dice:

«Nosotros, que místicamente representamos a los querubines, y que cantamos el himno del tres veces santo a la Trinidad Vivificadora, apartémonos en este momento de toda preocupación terrenal, para recibir al Rey de todos, que llega acompañado invisiblemente por las legiones celestiales».

Así, encontramos en Oriente la confirmación de lo que vemos en el rito tridentino de Occidente.

La Misa es una representación mística de la vida de Cristo, que hace presente Su vida ante nosotros en todos sus misterios. Todas las fases de la vida de Nuestro Señor están

presentes y activas en la misa, incluidos los 2000 años de su Cuerpo Místico, sobre el que Él reina como Rey glorificado. Si bien la misa es la renovación sacramental del sacrificio único del Calvario, sabemos al mismo tiempo que es la ofrenda del Señor resucitado en Su dignidad de Rey, Su poder de Rey y Su belleza de Rey. Por lo tanto, por mucho que enfatizamos –y con razón– la Pasión, la Misa debe ser para nosotros un encuentro tangible con nuestro Rey glorioso. El rito romano tradicional, especialmente en sus formas cantadas y solemnes, tiene exactamente este carácter, al igual que todos los ritos orientales.

Actualmente, por alguna extraña razón, está de moda admirar la extravagancia colorida de la liturgia bizantina, mientras se desprecia con desdén cualquier cosa de la tradición latina que sugiera lo mismo. La gente admira los gigantescos recipientes de oro y las ricas vestimentas de Oriente, mientras se conforma con vasos sagrados burdos y cortinas apagadas en Occidente; se queda sin aliento ante un impresionante iconostasio, mientras sacude la cabeza ante los comulgatorios y otros signos de separación entre la nave y el santuario; ensalza la maravillosa poesía del *kontakion* o *troparion* cantado con una melodía tradicional evocadora, mientras deja de lado el repertorio gregoriano incomparable que le es propio.

Dudo que ninguno de los aquí presentes padezca de este peculiar doble rasero, pero su presencia omnipresente en los pasillos de la academia y el poder sugiere que se trata de un trastorno psicológico, una especie de autodesprecio que empuja a algunas personas a desnudarse. Podemos señalar la belleza en otros lugares, como un turista que recorre los salones de Versalles, siempre y cuando nos privemos de ella aquí y ahora, y suframos nuestro destino democrático.

La realeza de Cristo nos plantea un desafío decisivo a todo: o la abrazamos plenamente y la encarnamos en nuestra acción pública, política y cívica primaria, fundamental y culminante, es decir, en la sagrada liturgia, que constituirá el punto de referencia y la base estable de la sociedad cristiana; o la rechazamos y la sustituimos por la tiranía del hombre sobre el hombre, la tiranía de la moda o de la ideología: «No tenemos más rey que el César».

Si se tiene una comprensión correcta de la realeza o los privilegios reales de la liturgia sagrada, en la que se adora a Dios, nuestro Rey, en Su santa corte, ¿qué implicaciones tiene esto para las bellas artes, llamadas a ayudarnos a ofrecer esta actividad formal, solemne y pública? Como seres físicos, como animales racionales que se comunican a través de los sentidos, nuestras actividades de culto están necesariamente ligadas a los objetos: los ministros deben vestirse de alguna manera, el altar debe tener una forma y un estilo determinados, el edificio de la iglesia debe tener un diseño concreto, las palabras deben tener un registro u otro, la música debe tener una melodía y un ritmo, etc.

Como hemos visto, el Libro del Apocalipsis de ninguna manera trata de evitar los objetos al describir el cielo, sino que, en todo caso, lleva su uso al extremo del lenguaje simbólico y gestual. Nuestro culto divino es intrínsecamente artístico, y la única preocupación relevante es si el arte será bueno o malo, si será adecuado o inadecuado para la realidad de las cosas, si estará realizado con maestría o de forma chapucera.

Santo Tomás de Aquino proporciona la justificación esencial de la práctica tradicional de la Iglesia de proporcionar vestimentas ricas, vasos litúrgicos espléndidos, una arquitec-

tura gloriosa, rituales elaborados, música decorosa, etc., para el Santo Sacrificio de la Misa y el Oficio Divino.

Esto es lo que escribe:

«El objetivo principal de todo culto externo es que el hombre adore a Dios. Ahora bien, el hombre tiende a reverenciar menos las cosas comunes e indistinguibles de otras, mientras que admira y venera aquellas que se distinguen de las demás por alguna excelencia. Por este motivo, también es costumbre entre los hombres que los reyes y príncipes, que deben ser reverenciados por sus súbditos, se vistan con ropas más preciosas y posean moradas más amplias y hermosas. Y por esta razón fue necesario que para el culto divino se establecieran tiempos especiales, lugares especiales, vasos especiales y ministros especiales, a fin de que así el alma del hombre pudiera ser llevada a una mayor reverencia hacia Dios».

¿No necesitamos una mayor dignidad ceremonial en la Iglesia y un espíritu de la más profunda reverencia al celebrar nuestros servicios? ¿Menos saludos informales, sonrisas y apretones de manos, y más temor reverencial al Señor que nos hace arrodillarnos en homenaje al gran Rey, suplicando su misericordia? Necesitamos una música, unos vasos sagrados y una arquitectura que “manifiesten la belleza de la santidad”. En particular, todos hemos oído músicas que no parecen ser ni bellas ni santas; su sentimentalismo pastoso, sus melodías circenses, sus ritmos predecibles y sus letras sensibleras son una combinación espantosa que solo puede desacreditar a Cristo y a su Iglesia en la tierra. Dios, el más grande y el mejor, merece lo más grande y lo mejor de nosotros: «dad magnificencia a nuestro Dios» (Dt 32, 3).

Y hay un corolario: nosotros, los seres humanos, creados a Su imagen y semejanza, necesitamos ser capaces de ofrecerle “lo mejor de la capacidad artística humana, lo mejor de nuestro empeño”, elevando con ello nuestras mentes y nuestros corazones. Si nos conociéramos a nosotros mismos, veríamos que anhelamos darle lo mejor de nosotros mismos, y no lo que es mediocre, monótono, mundano o hipócrita.

Un artista que se enorgullece de su trabajo ¿no desea dar lo mejor de sí mismo a su mecenas? Los amantes con intenciones puras ¿no anhelan darse el uno al otro lo mejor de sí mismos?

Dios nos ha dado la capacidad y la vocación de alcanzar Su santidad trascendente con obras de belleza que nos transportan, más allá del ámbito de lo profano, hasta el santuario de la divinidad. Como dice Santo Tomás, adoramos a Dios no para darle algo que Él no tiene, sino para acercarnos más a Él dándole lo que le debemos.

La “opción preferencial por lo bello” se basa en la verdad de que el Cuerpo y la Sangre de Jesús, realmente presentes, se ofrecen en sacrificio en este edificio, en este altar, mediante estos rituales, cantados con esta música.

Los elementos de la liturgia no son meros reemplazos indiferentes, como el papel moneda o las monedas, que solo tienen valor porque alguien arbitrariamente los declara valiosos. Más bien, como el oro es precioso por naturaleza y la imagen del rey es honorable por su majestad misma, los signos litúrgicos representan a Cristo ante los ojos y los oídos de la fe, y lo ofrecen al corazón amoroso.

Todo lo que hagamos a los más pequeños de Sus símbolos y ceremonias, oraciones y cánticos, se lo hacemos a Él.

Por eso tiene tanta importancia –es crucial– todo lo que hacemos, lo que nos esforzamos por hacer, cuando adoramos a Dios en la oración pública. Si tenemos una idea equivocada

al respecto, podemos hacer cosas que son gravemente impropias, indignas y desagradables al Señor, a quien tenemos el gran privilegio de servir y complacer.

El santo cura de Ars, San Juan M^a Vianney, se alimentaba a base de patatas, pero no escatimaba en gastos para embellecer el santuario. Sabía, al igual que Santo Tomás de Aquino y los cristianos fieles de todas las épocas, qué era lo primero y qué era lo segundo.

Lo mismo sucedió con San Francisco de Asís, a pesar de la falsificación de su legado. Las iglesias franciscanas se encuentran entre las más bellas de Europa, magníficamente decoradas, incluso aquellas que fueron construidas en épocas en las que los propios frailes eran mendigos pobres que apenas sabían de dónde vendría su próxima comida, aunque confiaban en que el Señor les proveería. Sabían qué era lo primero; sabían que, cuando es Dios a quien hay que honrar, el trabajo debe demandar todo lo mejor que hay en nosotros, todo lo más grande y glorioso que podamos concebir en este mundo, por amor a Él.

En su última encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, Juan Pablo II ofreció un apoyo teológico a esta actitud exultante y sacrificial:

«Como la mujer de la unción en Betania, la Iglesia no ha tenido miedo de “derrochar”, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro ante el don inconmensurable de la Eucaristía. No menos que aquellos primeros discípulos encargados de preparar la “sala grande”, la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno de tan gran Misterio... La fe de la Iglesia en el Misterio eucarístico se ha expresado en la historia no sólo mediante la exigencia de una actitud interior de devoción, sino también a través de una serie de expresiones externas, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra».

Por eso la Iglesia siempre ha promovido y patrocinado lo mejor de las artes del ser humano, y por eso incluso los pobres siempre han contribuido con lo que han podido a la construcción de iglesias de las que ellos y sus descendientes son legítimos y orgullosos beneficiarios.

Una dedicación tan inequívoca a la liturgia sagrada no anula, por supuesto, la necesidad de la oración personal, las obras de caridad fuera de las puertas de la iglesia o los enérgicos esfuerzos de evangelización. Pero tampoco estas cosas pueden sustituir jamás a la liturgia, que sirve como su fin último y de la que derivan su significado. En pocas palabras: esto es lo que le debemos a Dios, y Él es lo primero. «Glorifica al Señor generosamente, y no escatimes las primicias de tus manos» (Sir 35, 8).

La belleza no es un extra ni un complemento, un lujo o un antojo ocasional, sino una dimensión esencial e inherente de la verdad misma, un atributo de nuestro Señor Jesucristo y de Su liturgia. Si abandonamos la búsqueda de la excelencia en este ámbito, perderemos nuestra fe, nuestra capacidad de transformar el mundo por amor a Dios, incluso nuestra cordura.

La fealdad, al igual que la ignorancia, el error y el pecado, es una privación y una deficiencia, con una peculiar fuerza des-evangelizadora; mientras que la belleza, al igual que la verdad y la bondad, nos convierte, nos perfecciona y nos eleva a Dios. Es más: sin la fe sobrenatural, que ordena todo en la vida hacia nuestro destino final en Dios, el arte mismo puede convertirse en una fuerza perniciosa y destructora del alma, como lo hemos

visto en los tiempos modernos con el llamado “arte moderno” y la cultura popular. El cristianismo no es sólo el arte de la salvación: el cristianismo es también la salvación del arte.

Nuestro Señor dijo a Santa Margarita María Alacoque: «Reinaré por medio de mi Corazón». Pero, ¿qué encontramos en ese Corazón de carne sin pecado, ese Corazón de amor puro y de divinidad eterna? La Letanía del Sagrado Corazón nos dice que el Corazón de Jesús es «de infinita Majestad», la Majestad de Aquel que es «Rey y centro de todos los corazones». Este Corazón es «el templo santo de Dios, el tabernáculo del Altísimo, la casa de Dios y la puerta del cielo». De la misma manera, la sagrada liturgia de nuestra tradición católica es un templo santo en el que nosotros adoramos al Rey divino; la sagrada liturgia tradicional es un tabernáculo de la Presencia Real, es una morada de Dios con el hombre, es una puerta que se abre a la adoración sublime y felicísima de Dios en los atrios del cielo.

Y así como el Corazón de Jesús es «digno de toda alabanza, fuente de vida y santidad, deleite de todos los santos», también lo es el Santo Sacrificio de la Misa que Nuestro Señor nos dio en su inmensa sabiduría y amor; porque a través de este Santo Sacrificio nosotros les damos alabanza perfecta a Él, al Padre y al Espíritu Santo, y de este Santo Sacrificio recibimos el pan de los ángeles, nuestro alimento de peregrinación y nuestro consuelo en este valle de lágrimas. El Santo Sacrificio de la Misa es un deleite para los santos que nos han precedido, como lo es para nosotros hoy y como lo será para nuestros descendientes.

Gracias por su amable atención

Segovia, 23 de julio de 2025





El presente opúsculo se terminó de compilar
el 1 de agosto del Año de Gracia de Nuestro Señor
de dos mil y veinticinco,
festividad de San Pedro Julián Eymard.

Ad Maiorem Dei Gloriam